

aquella ciudad noble y leal no eran *filantrópicos*. El café estaba lleno, eso sí; pero no había lo que en aquella tierra, y en otras muchas se llama todavía *personas decentes*.

Acudían muchos artesanos con los tiznes del trabajo en la cara, de mano callosa y torpe en el manejo de vidrios y lozas del servicio; abundaban los mozos de coches y carros, los pillastres de variadas profesiones, algunas ilícitas; había algunos soldados, casi todos con galones, más cabos que sargentos, y más distinguidos que cabos. Y sobre todo, muchos campesinos que viven en la heróica ciudad y son capaces de madrugar con el sol y acostarse tarde, por darse aires de señorío y *desembutecerse* con el café y la música. Algunas mujeres honradas, de pueblo, acompañaban á sus maridos padres ó hijos mirándolo todo con curiosos ojos que no ven claro, saboreando el gasto con usura; hablaban en voz baja y tomaban su café con religiosa ceremonia, pensando en la importancia de los 25 céntimos que cuesta.

El sexo débil estaba más bulliciosamente representado por algunas mozas del partido, que ordinariamente guardaban la

compostura debida, pero que á veces olvidaban su comedimiento riendo como en el lupanar. Algún prudente ¡chiss!... de Lucas imponía silencio, y la buena crianza volvía á reinar en aquella reunión, donde los pobres procuraban adquirir uno de los vicios más necios de los que pueden gastar dos reales en lo supérfluo y mucho tiempo en lo innecesario.

Una noche tocaba Ventura *Dichter und Bäuer* (poeta y aldeano), y le acompañaba con mucho gusto el Sr. Betegón en el piano. Allí cerca, junto á la plataforma, Carmen, la digna esposa, el consuelo constante de tantas pesadumbres, apoyaba un codo en la mesa de siempre y contemplaba amorosa á su marido. Carmen era ya su único admirador; en realidad su único público. ¡Aquellos labriegos, aquellos artesanos le oían como quien oye llover! Se les había dicho que el señor de Madrid cobraba cinco duros (eran tres pero se había convenido en decir cinco), y con esto tenían bastante: saboreaban el café y el placer de estar oyendo á un ricazo de la corte, que estaba allí para divertirles á ellos. Entre los pillastres había quien le miraba con

cierta insolencia, como diciendo: no creas que me asustas, yo he oído cosas mejores, he estado en Madrid y no me asombro por tan poco.

Al terminar una pieza sonaban algunos aplausos; era cuando querían que se repitiese, por gusto de hacer trabajar más á los músicos, por sacarle más jugo al real del café. Después de la repetición nunca se aplaudía, porque eso sería pedir otra repetición, y allí no se querían gollerías. Los domingos había muchos más consumidores: venían al *Iris* niños y perros, y el estrépito era infernal. Cuando algún trozo de música alegre les llegaba al alma, como un solo hombre los baturros pedían «¡La jota, la jota! Venga la jota...»

Carmen se ponía como un tomate allá abajo, en su banco pegado á la pared, y miraba al pobre Ventura como diciéndole:

—¡Perdónales, no saben lo que hacen!... y á Ventura aquello de «¡la jota!» le sonaba como si dijeran—¡Crucifícale, crucifícale!

Carmen tomaba café en el *Iris*; el niño jugaba con la niñera, porque su padre quería tenerle cerca, le necesitaba allí para

decidirse á ganar el pan de cada día. Á las diez madre, hijo y criada se iban á casa muy tapaditos. Ventura no dejaba á nadie el cuidado de envolver á Roberto en mantones y pañuelos; le daba cien besos y le ponía en brazos de la muchacha.

Carmen se despedía con una sonrisa animadora... y él los veía marchar, triste, con una tristeza dulce, lánguida, resignada; y entonces, á solas ya con su violín, entre aquel populacho bueno, pero sin ojos para sus penas ni para su arte, tocaba Ventura, sin conocerlo acaso, como en sus mejores tiempos, mejor tal vez, tal vez como lo pedía aquella su invención de la música sencilla, sincera, buena, santa, de que ya no se acordaba, ó por lo menos en que ya no creía. Y entre el ruido de las cucharillas, patadas, toses, voces de «¡café! ¡que mancho! ¡mozo! ¡*El Imparcial!*» sonaba el violín como una queja de un alma dolida por pena eterna, ante un Dios eternamente sordo á las quejas de las almas. Don Ramón Betegón, impasible, impasible, abofeteaba el piano y aprovechaba los solos de Ventura para dar tres ó cuatro chupaditas al cigarro... Ventura tocaba entonces en el

Iris como en su jardín de Madrid; los parroquianos eran testigos tan inteligentes como los árboles... peores, porque los árboles no pedían la jota.

VI

Como iba diciendo, una noche Carmen miraba desde su banco, apoyada en la mesa, á su querido mártir, como ella para sí le llamaba siempre. El público empezaba á acudir.

Suppé, interpretado, como decía Bete-gón, por Ventura, adquiría nueva gracia y dulzura.

Los ojos del violinista apenas se fijaban algunos segundos en el papel que tenía delante; miraba más á su mujer, con amor inagotable, tan puro y grande, como el primer día de novios. Se diría que de los ojos de Carmen una corriente eléctrica iba hasta los ojos de Ventura, y le llevaba consigo la inspiración, la habilidad artística, aquella *manera sublime de interpretar*, según el pianista.

Otras veces el violinista miraba á su

hijo, que al pie de la plataforma iba y venía, ora procurando coger una pierna de su padre, para lo que metía su mano de muñeca entre los balaustres, ora saltando alrededor del piano, como si fuera mariposa, y la música luz que le atraía. Para seguir los movimientos del niño el padre vigilante necesitaba hacer mil contorsiones, sin dejar de tocar con aquella suavidad y elegancia exquisita de siempre: daba vueltas en redondo; se inclinaba, se ponía sobre las puntas de los pies... parecía un músico *ex-céntrico* que lucía su habilidad entre piroetas.

Después del *Poeta y el aldeano*, hubo un descanso de cinco minutos.

Don Ramón y Ventura fueron á sentarse junto á Carmen. Con la finura del mundo tomó Betegón media copa de anís doble. Roberto se había subido á las rodillas de su padre, que le acariciaba con la barba y la mejilla, como si fuera su violín, inclinando sobre el niño la cabeza, con los ojos medio cerrados, pálido y triste con una tristeza que estaba ya petrificada en las arrugas de su rostro. Podía Ventura sonreír, hasta reír á carcajadas; allí estaban

las arrugas para protestar, como una fe de muerto de aquel espíritu que se vió adulado con el apodo de genio.

Don Ramón se levantó y volvió al piano. Le siguió poco después Rodríguez. Comenzaron la *Stella confidente*.

Entonces entró en el café un subteniente de caballería. Se sentó en una mesa que estaba enfrente de la mesa de Carmen. Pidió café, distraído. Tardó en notar que tocaban el piano y el violín. Atendió. Le gustaba aquello. Se sentó en otra mesa, más cerca del piano. Miró en derredor y echó de ver que allí no había más *personas regulares* que él y aquella señora... que debía de ser la de uno de los músicos.

— ¡Demonio! que bien toca ese hombre; pensó, y llamó al mozo.

— Es el señor Rodríguez, un músico de Madrid.

— ¿Rodríguez? Rodríguez... ¡Ah! sí, creo haber oído...

El subteniente se puso el sable entre las piernas y clavó los ojos en el violinista. Positivamente estaba entusiasmado. Á los pocos compases le hizo acordarse de su madre, que estaba en el otro mundo, y de

su novia, que le había dado calabazas. Era forastero, estaba muy solo y muy triste, tenía mucha nostalgia, según él llamaba á su aburrimiento, y aquella música le estaba llegando al alma. ¡Qué modo de tocar! ¡Y no hay aquí más que plebe!... El también había tocado algo. Era la flauta, pero todo es tocar. Además era poeta. Sentía muy bien.

—¡Pues no se me saltan las lágrimas!
—Mozo una copa del *Mono*... Y aquella señora debe de ser la suya... es guapa. ¡Canario yo lo creo, muy guapa!

También él era guapo. Alto, rubio, muy esbelto, de aspecto marcial como un dragón, pero de ojos dulces como un ángel. Y el bigote fino y bien peinado. Era muy guapo. Carmen le había visto desde el momento en que entró.

Había observado su atención, su asombro, su entusiasmo, su enternecimiento. Pero cuando él la miró, ella separó los ojos y los fijó en su marido. Y así estuvieron: el militar yendo con la vista y el alma del violinista á Carmen, de Carmen al violinista.

Carmen mirando á su esposo con fijeza y viendo al subteniente.

Ventura arrebatado por la música y la contemplación de sus amores, Roberto y Carmen, no veía al de caballería. Terminó la *Stella*, y los músicos volvieron á la mesa. El público, que no quería repetir, no aplaudió; el subteniente abrió las manos, pero al ver aquella frialdad, se las metió *intactas* en los bolsillos.—¡Qué lastima! tenía que marcharse sin remedio. Era tarde, le esperaba el coronel. Pagó y salió visiblemente disgustado, según observación de Carmen.

—Tendrá una ocupación urgente—pensó—¡esos militares!...

Á la noche siguiente el de caballería se presentó á las nueve menos cuarto. Se trataba del *Non tornó*.

El sentimentalismo del amo del café, se imponía hasta á los músicos que cobraban cinco duros nominales, tres en efectivo. Ventura vió entrar al subteniente, y no le cayó en saco roto aquel extraño consumidor de café y música. En una de las vueltas que daba con el violín en el brazo para seguir los juegos de Roberto, vió Rodríguez al simpático alférez, que tenía los ojos inflamados por la admiración, la boca

entreabierta, la mirada fija en el músico. Dió otra vuelta y vió lo mismo. El alférez, no cabía duda, era un admirador. Ventura se lo agradeció en el alma: le echó mil bendiciones con el arco; y aunque haciéndose el desentendido, con una coquetería de artista, se esforzó cuanto pudo, tocó lo mejor que supo; y todo aquello iba dedicado al subteniente, á quien aparentaba no ver siquiera. Carmen notó que su marido se acercaba radiante, como si viniera de un gran triunfo; pero él no dijo nada.

--Está V. hoy contento— dijo D. Ramón, que siempre estaba triste, y sólo simpatizaba con los desconsolados.

--Sí, me siento bien hoy. Y además el médico me ha dicho que lo de Roberto no es nada.

--Sin embargo, yo recomiendo el aceite de hígado de bacalao... ese niño crece poco; mire V., parece un tapón.

--Pobrecito mío— exclamó la madre— te llaman tapón.

--Un tapón muy bonito, pero un tapón, señora... Mire V., apostaría á que cabe en la caja del violín de su padre. Se le podría enterrar en ella.

—¡Jesús!— gritó Carmen estremeciéndose—no tanto... y no lo quiera Dios.

Mientras la madre apretaba al niño contra su corazón, Ventura tembló reparando la caja del violín; en efecto parecía un ataúd para un angelito... como un violín. Era de madera negra con chapas de plata.

—Stradella... *Pietà signore*... dijo don Ramón, y puso con solemnidad las manos sobre el teclado.

Ventura tocaba con una tristeza religiosa, que llegaba á las entrañas al subteniente. Pensó éste que aquello del infierno era muy verosímil. Pidió otra media copa de anís del *Mono*, y se abismó en reflexiones religiosas. La existencia de Dios era evidente. Pero, á Dios gracias, era un Señor infinitamente justo y misericordioso, que no había de incomodarse porque un subteniente aburrido se enamorase platónicamente de la mujer de un notable violinista. Porque, no había para qué ocultárselo á sí mismo, él se iba enamorando de aquella señora. ¡Su posición y su postura eran tan interesantes! Además, él veía en ella un reflejo del talento de su marido. Él había empezado, y seguía, admirando al

músico como tal, pero no era cosa de enamorarse de él... y... naturalmente, se enamoraba de su mujer... *por lo platónico*.

Carmen se confesaba en aquel instante á sí misma que toda la noche había pensado en el subteniente, que le era muy simpático, aparte de ser buen mozo; por que se le veía que admiraba á Ventura, que sentía aquella *manera*, que ella comprendía también, y muy á su costa, por cierto.

La casta esposa notó al cabo que las miradas del alférez se repartían entre ambos cónyuges... Pero no lo tomó á mala parte. Con ño mirarle ella á él bastaba. Y precisamente para verle no necesitaba mirarle. Ventura volvió á tocar para su admirador; ya le quería, *sin saber por qué*.

—¡Qué vueltas da el mundo!—pensaba—yo desprecié á un público de inteligentes, de maestros... ¡y ahora me sabe á miel agradar á un alférez que no sabrá ni tocar la corneta!...

Ventura hacía prodigios de habilidad, de gracia, de elegancia; el violín lloraba, gemía, blasfemaba, imprecaba, deprecaba... todo lo que quería el brazo. El entu-

siasmo y el enternecimiento del militar eran sinceros. Pero le gustaba la mujer del violinista, sin menoscabo del arte. La música le cargaba de electricidad, pero la electricidad se le escapaba al depósito común de las pasiones terrenas por los ojos de aquella señora.

Pasaron días y días. El subteniente debía de estar de guarnición, porque no se marchaba. No faltaba ni una noche al *Iris*. También Ventura le veía en sueños. Le veía, vestido de capitán general, acercarse á él, que estaba en un trono; y después de muchos saludos con el tricornio, le entregaba una corona de laurel y oro, y se marchaba, andando hacia atrás y con grandes reverencias. Rodríguez ya se atrevía á sonreír frente al alférez, y á dedicarle sus saludos cuando había aplausos.

Una noche, que se pidió la jota, le agradeció mucho que impusiera silencio á un baturro, que gritaba:

— ¡Otra, otra, pues!

Pero no quería hablarle. Prefería tener aquel admirador á distancia. Acaso sería un majadero — aunque no lo encontraba probable — y era preferible no conocerle.

Así se podía figurar en él al mismo Wagner disfrazado.

El subteniente tampoco deseaba acercarse. Se le antojaba indigno de su nobleza valerse de la amistad para probar fortuna; todo quería deberlo al poder de sus ojos, nada á la falsedad de una estratagema.

Ventura dijo una noche á su mujer:

—¿No te has fijado en aquel subteniente?

—¿Cuál?

—Aquel, no hay más que ese. Viene todas las noches. Creo que le gusta lo que toco.

—No tendría nada de particular —contestó ella.

Siempre había sido Carmen muy fiel esposa. Amaba y admiraba á su Ventura. Pero hacía muchos años que en las caricias, en los cuidados, en las confidencias del músico, había una profunda tristeza, una desesperación resignada, atónita, humilde, casi servil, que daba frío y sombra en derredor: parecía el contacto de aquel dolor mudo, el contacto de la muerte; no era posible respirar mucho tiempo la atmósfera de desconsuelo en que Ventura

vivía: todo organismo debía de sentir repugnancia cerca de aquella frialdad pegajosa... la intimidad del músico amenazaba con una especie de asfixia moral.

VII

Una noche, en Semana Santa, ideó don Ramón Betegón una especie de concierto sacro, y después de otras cosas se tocó el *Stabat Mater*, de Rossini. La música religiosa le daba á Ventura escalofríos. Un sacerdote de esos que tiemblan con la hostia en la mano, puesta toda el alma en el misterio, no consume con mayor unción y pureza de espíritu que las que había en el alma de Ventura al hacer llorar á los ángeles y gemir á María en los sonidos de su violín, su sagrario.

Aquella noche, hasta los baturros entendían algo, y había en el café un silencio de iglesia. El subteniente estaba en su sitio; Carmen en el suyo, toda de negro. Ventura, en el momento en que hablaba con el violín de la soledad de la Virgen al pie de la Cruz, fija la mirada en su esposa, notó

en el rostro de ella una dulcísima sonrisa que no iba hacia él; volvióse, y tuvo tiempo de ver llegar aquella corriente de amor triste y lánguido al rostro del alférez, que recibió la sonrisa besándola con otra... *Dum pendebat filium*, decía el violín á su manera, mientras Ventura se ahogaba. Tuvo valor para seguir espiando miradas y sonrisas... Iban y venían, y él las sorprendía, no en el camino, que allí eran invisibles, sino al llegar á Carmen, ó al llegar al alférez. ¡ Qué sonreír, qué mirar! Y ellos, ¡ qué ciegos! no veían que él los observaba. Ya se ve, el éxtasis los tenía esclavos; la música sencilla, sincera, que sonaba allí en toda su grandeza, en el lamento religioso... los arrastraba á regiones de luz, al mundo invisible de la poesía. ¡ ¡Era él quien les facilitaba aquel palacio encantado del sueño del amor!... ¡ Infames, infames! debió de decir el violín también, porque se puso ronco de repente, desafinó de manera terrible. Betegón volvió la cabeza... y vió á Ventura con la suya hundida entre las manos y las manos apoyadas en el antepecho de la plataforma. El violín estaba en el suelo, roto bajo los piés del Sr. Rodríguez.

VIII

Cuando aquella noche, suspendido el concierto, por indisposición del violinista, volvieron á casa Carmen y Ventura, Roberto, que se había quedado en casa muy dormidito, despertó con dolor en la garganta. Otro tenía, en la garganta también, su padre; pero al ver al niño calenturiento, medio ahogado, Ventura se sintió bien de repente, ó mejor, no volvió á sentirse. Ocho días duró la enfermedad del niño, y en todo ese tiempo el padre no pensó en sus propios males. Carmen nada sabia de las nuevas penas de su esposo, pues creía que era un secreto para él y para el mundo entero su debilidad, que ella misma maldecía. Velaba al pie de la cuna, queriendo satisfacer con la penitencia del amor de madre puesto en tortura las culpas de pensamiento de la esposa infiel.

Ni una palabra de Ventura pudo hacerle sospechar que su falta estaba descubierta.

Roberto murió á los ocho días. Carmen

estuvo enferma de peligro. Ya convaleciente, Ventura le dijo:

—Carmen, tu madre podría cuidarte muy bien, mejor que yo. Allá en tu pueblo hay otros aires... Allí la salud vendrá de prisa.

—Sí, vamos... contestó ella.

—No, yo no. Vas tú sola.

—¿Y tú?

—¡Yo me quedó... con mi hijo!

IX

Bien se acordaba; á Roberto le habían metido en una caja estrecha y larga, es decir, no muy larga; ¡el pobre niño era tan chiquitín! Había crecido poco. ¿Qué importaba ya? La caja tenía chapas de metal blanco y estaba pintada de azul...

Ventura se vió solo en su casa. Ya podía hacer lo que quisiera. Si era una extravagancia, que fuese... Demasiadas veces se había sometido á los caprichos de los demás. Y ahora iba él á hacer su gusto. Ya estaba de acuerdo con el guarda del cementerio. Su dinero le había costado. Salió á

las doce de la noche; debajo de la capa llevaba un bulto, que no debía de pesar mucho. Ventura corría por la carretera; después dejó el camino real; tomó á la izquierda... allí era... aquella masa negra. Llegó á una verja... dió tres golpes en el hierro. Abrieron.

—¿Es V., señorito?

—Sí, Ventura.

El guarda se llamaba como él. Era un viejo con cara risueña.

—Venga V. por aquí. Cuidado no tropiece V. con las cruces. No haga el menor ruido, no se despierten los perros... ¡Ya están aquí! ¿Ve V.? ¡Silencio, Canelo; chito, Ney!...

La luna se asomó para ver la extraña ceremonia.

—Con franqueza, señorito; yo me fío de usted... pero... la verdad... en esa caja cabe un recién nacido y algo más gordo... Yo no digo que haya trampa... pero... la verdad... ver y creer.

Ventura respondió:

—¿Dice V. que es aquí?

—Sí, señor, debajo de esa cruz amarilla está el chiquitín.

Ventura se sentó en el suelo. Apoyó un codo en el bulto que puso á su lado sobre la tierra y dijo:

—Cave V., Ventura.

Cavó el otro Ventura, y pronto tropezó el hierro con la madera.

—Ya está ahí.

—Limpie V. otro poco, que se vea la tapa...

Se vió la tapa azul, ya muy sucia y raída... El músico se tendió á lo largo en el camposanto.

—Ahora meta V. eso ahí dentro.

—Señorito, yo quisiera...

—Abra V. con esa llave.

Ventura cogió el bulto que había traído Rodríguez. Era una caja negra, parecida á un ataúd de niño, y tenía chapas de plata. El guarda abrió y vió dentro un violin con las cuerdas rotas.

—Ahora haga V. lo convenido.

La caja negra cayó sobre la azul, y encima fué cayendo la tierra. Ventura Rodríguez se había puesto en pie, al borde de la sepultura. El enterrador, que trabajaba inclinado, se irguió de repente y miró con miedo al músico... ¡Un hombre

que enterraba un violín!... ¡Si sería!...

Rodríguez adivinó el pensamiento, y sonriendo dijo:

—No tema V.; no estoy loco.

Madrid, Junio 1883.



BUSTAMANTE



BUSTAMANTE

PERO, señor, si él no lo negaba, si ya sabía que tenía razón su mujer! ¿Que la plaza estaba por las nubes? ¡Claro! ¿Que todo costaba el doble de lo que valía tres años atrás? ¡Cierto! ¿Que un padre con tres hijos de pocos años y de muchos dientes, no podía consagrarse al arte poco lucrativo, aunque muy honroso, de hacer charadas en verso, ora improvisadas, ora *discurridas* si tenían *intrínquilis*? Corriente. En todo eso estaba él, y ya había escrito tres cartas al señor López, el diputado, pidiéndole un destino; por cierto que López no le había contestado á ninguna... Pero que se respetase su vocación. ¡Qué mal hacía él á nadie descifrando logogrifos y discurrendo otros muchos más

complicados! La vocación no se discute. El había nacido para aquel género de literatura y había que dejarle en paz ó lo echaba todo á rodar, y se comía á sus propios hijos con dientes y todo, como el dios Saturno de la mitología.

Su primer hijo era hija y se llamaba Paz, pero Bustamante la llamaba *mi primera*; y á Gil, que seguía, le llamaba *mi segunda* y á María de la O, *mi tercera*.

—Bustamante,—le dijo una noche su mujer, que le llamaba por el apellido y ya estaba hasta el moño de charadas,—es necesario que vayas á Madrid y le saques á López una credencial aunque sea de las entrañas.

—Sí, esposa mía, estoy conforme; me trasladaré á la capital, veré á López y si no me da eso, le pondré en los *Pasatiempos* del *Eco de los Pósitos* como chupa de dómine con esta charadita, que se me ha ocurrido ahora:

Prima es neutro, aunque te asombre,
mi *segunda* pega bien,
y mi *todo* es un mal hombre
que me la pega también.

—¡Bustamante! Para no decir más que tonterías... más vale que te duermas. (Estaban en el lecho nupcial).

—Bueno, esposa mía, pues en tal caso, la solución en el número próximo; quiero decir que hasta mañana.

Y dió media vuelta y se quedó dormido.

*
* * *

Pocos días después llegaba á Madrid nuestro Bustamante, que se llamaba Miguel Paleólogo, según él, aunque lo de Paleólogo no estaba en el calendario y sí en la historia bizantina. Pero creía Bustamante que Paleólogo era el apellido de un San Miguel no Arcángel. De todas maneras, él llegó á Madrid en el tren correo, á las ocho de la mañana.

Su mujer le había recomendado que fuese á parar á la misma fonda de López, aunque le costase muy caro este lujo. El propósito de doña Pascuala era que su Miguel, su Bustamante, como ella decía, se agarrase á los faldones del diputado desde el ser de día hasta las altas horas de la

noche, que eran para doña Pascuala las diez. Prometió Miguel á su esposa hacerlo como ella pedía, pero en cuanto llegó á la corte, donde no había estado hacía diez años, le entró mucho miedo á todo lo grande, y la fonda cara se le apareció como un *Medina Zara*, como un palacio de cristal, y el diputado López como un *sátrapa de siete colas* (apéndices que él atribuía á los sátrapas).

No se atrevió á entrar en la gran fonda y dió al cochero las señas de la de Pepito Rueda, un estudiante de su pueblo, más andaluz que su padre, que era de Utrera. Pepito Rueda era muy amigo de Bustamante, que le doblaba la edad; pero consistía el aquel de la amistad en que ambos eran de genio alegre y amigos de la literatura, cada uno según sus posibles. Pepito mojaba algo en varios periodiquitos satíricos de la corte. Escribía unas crónicas del Senado llamando animales á todos los senadores desde el marqués de la Habana para abajo, y, es claro, el director del periódico le quitaba de las crónicas los insultos, que él llamaba las *ocurrencias*, y además no le pagaba.

Con la influencia que se ha visto que Rueda tenía en la prensa, había conseguido publicarle á Bustamante más de una charada en los diarios y revistas de Madrid. Bustamante estaba muy agradecido á Rueda, por más que también por su propio mérito tenía Miguel de *par en par abiertas las columnas de varios periódicos*. Esta frase, que repetía sin cesar, parecíale muy elegante y fué grande su asombro cuando en cierta ocasión le convencieron de que las columnas no tenían para qué abrirse y menos de par en par. Lo cierto era que él desde el pueblo había empezado á mandar la solución de la *charada* y del *logogrifo* y hasta del *salto de caballo* al *Almacén de las modas*, al *Correo elegante*, á *La Camelia*, periódicos de señoritas, y al *Eco de los Pósitos*. Al principio, aunque la solución fuese la que él decía, no le contestaban los periódicos, pero después... ¡Ah! Qué emoción tan pura, tan intensa la suya cuando leyó por vez primera en el *Eco de los Pósitos* lo siguiente: — «Correspondencia particular. Sr. D. M. P. B. Ha acertado usted. El todo es *Carratraca*, pero los versos de usted no se pueden publicar, porque el

chiste que V. emplea al descifrar algunas sílabas no es del gusto del público moderno».

La Camelia era más lacónica y más elocuente, decía: «El Sr. D. Miguel Paleólogo Bustamante de... nos envía la solución de la charada del número anterior: *Bobadilla*. Dice así:

» *Mi primera y mi segunda*
 es defecto personal,
 y *mi segunda primera*
 ante una moza con sal...
 Así empieza tu charada
 y veo con claridad
 que *prima y segunda* es *boba*
 y así, puedo continuar.
Tercia y segunda es cantante
 —pero escribiéndolo mal.—
 ¿Y *prima y cuarta* se come?
 pues no me diga V. más.
 El *todo* es una estación...
Bobadilla... claro está.»

No ocultaba Bustamante que le costaba mucho trabajo hacer estos versos y otros por el estilo, y si no se hubieran inventado los ripios los hubiera inventado él para salir de tamaños apuros. Y aquí me permi-

tiré una digresión relativa á la retórica y poética de este literato de su pueblo, digresión útil porque pinta la manera de matar versos que tienen muchos escritores de cabeza de partido. Bustamante, considerando que el escribir versos era operación que hacía sudar y llegaba á calentar la cabeza, creía, lleno de lógica, que el mayor mérito de un *verso* (vulgo poesía) estaba en que fuera muy grande; cuantos más renglones mejor. ¿No tiene más mérito un andarín que anda cinco horas sin descansar que otro que sólo ande tres horas? ¿No apuestan los andarines á quién aguante más? Así era Bustamante, un poeta de resistencia; y así creía él que debían ser los poetas. El cambiar de metro se le antojaba una abdicación. Nada de redondillas (que además nunca le salían á derechas), romance y tente tieso; pero romance con un solo asonante (él no lo llamaba así) aunque fuese más largo el *verso* que de Gibraltar á Madrid.

Ahora sí, eso de que habían de estar mal los romances si caían en copla completa (consonante) le parecía á Miguel una barbaridad, con permiso de Ruedita. El que

las palabras acabasen con las mismas letras, exactamente, ¿no era merito mayor? ¿no tenía más dificultad? pues cuantos más consonantes en el romance, mejor. Sin saber por qué, prefería los romances agudos, porque el recurso de los verbos en infinitivo (si era en *a*, *e* ó *i* el romance) le parecía muy útil, y cuando no bastaba eso, valía aquello de: *Zas, ya, ¡tras! ¡ah! ¡quiá! ¡voto vá! pues, ¡eh! ¡pardiez! en fin, grano de anís, ¡por San Gil!* y otras interjecciones y frasecillas por el estilo.

Bustamante, como íbamos diciendo, en vez de ir á la fonda de López buscó la posada de Rueda y sorprendió al literato estudiante en el lecho, tres horas escasas después de haberse acostado el autorcillo satírico, que trasnochaba, por no ser menos que otros.

—¿Quién está ahí?—gritó asustado Rueda, que tenía la mala costumbre de cerrar su cuarto por dentro.

—¡Soy yo!—le respondió.—Mi primera en el pentágrama, — mi segunda un senador, — (si se le pone una diéresis) — de varias obras autor.

Quería decir Mi-Güell... y Renté.

Pepito abrió, y volvió corriendo á meterse en la cama.

—¡Arriba, perezoso!— gritó el del pueblo, dejando una maleta sobre la cómoda, una manta de viaje sobre la mesa de escritorio, un paraguas sobre una silla y la sombrerera sobre la cama.

Rueda no protestó: pero no quería levantarse; le hacia daño madrugar.

—¿Cómo se entiende? ¡Arriba!

Y ¡cataplúm! el robusto autor de charadas cogió el colchón por una punta, dió un tirón y Pepito vino al suelo. No había manera de ofenderse. Así las gastaban allá. La verdad era que el empingorotado López no hubiera sufrido una broma de este calibre.

Almorzaron juntos y temprano, después de lavarse y cepillarse el del pueblo. Se le ajustó lo más barato que se pudo un cuarto con vistas á un pasillo que comunicaba, aunque no directamente, con una galería, y allí se acomodó el buen provinciano que tenía la convicción de que en Madrid todos viven así, apretados y á oscuras, y por esto no se quejó, ¡Para lo que él pensaba parar en casa!

—¿El café lo tomaremos con esos señores, por supuesto?—dijo después de almorzar Bustamante, que había encontrado el vinillo bueno y no se lo había escatimado por aquello de que lo mismo pagaba bebiendo mucho que bebiendo poco.

Esos señores eran los redactores del *Bisturí*, periódico en que á la sazón escribía el empecatado Rueda. Los redactores del *Bisturí* eran varios estudiantes,—*in partibus infidelium*,—de la facultad de medicina.

El Bisturí hablaba de política, de teatros, de todo, y especialmente tenía por objeto desacreditar,—si tanto podía,—á los altivos catedráticos de San Carlos que osaban dejar suspensos á los malos estudiantes, aunque fuesen periodistas. Rueda era el único redactor *no técnico* como él decía, del periódico. Se le había buscado por su gran fama de escritor satírico y por sus ideas materialistas, demostradas en varios ataques humorísticos al culto y al clero. Esto último no le gustaba á Bustamante, fervoroso creyente, aunque no fanático, porque en él la religión era una necesidad de artista; creía por tempera-

mento; sin un ideal no comprendía la existencia. Y al decir esto, suspiraba mirando una guitarra que también había traído consigo. En fin, lo mejor era la tolerancia, y él perdonaba de buen grado á los señores redactores del *Bisturí* su falta de principios religiosos, en gracia á la sección de «Charadas y acertijos» que publicaban en la cuarta plana.

Pepito advirtió que los literatos no iban al café tan temprano.

—Bueno, pues entonces iré yo antes á ver á ese López, que tiene que sacarme un destino. Espérame tú en el café, y yo iré á eso de las dos para que me presentes á esos jóvenes ilustres.

Salieron de casa juntos y en la Puerta del Sol se separaron. Bustamante bajó por la calle del Arenal. Iba hacia la casa de López como si lo llevasen al matadero; se paraba ante todos los escaparates. En la vidriera de un café vió colgados de un cordel varios periódicos. *El Bisturí* estaba entre ellos. Sintió cierto orgullo. ¡El, que acababa de llegar del pueblo, era amigo de los que escribían aquel papel impreso! ¡Había almorzado con uno de los redacto-

res! El viejecillo que vendía los papeles no pudo notar la sonrisa de lástima con que le estaba mirando Miguel Paleólogo. Compró *El Bisturí* y entró en el café. ¡Qué diablo! Tiempo había de ver al señor López, que después de todo, no escribía en los papeles ni hablaba en el Congreso ni era tan gran personaje como creía su mujer.

—¿Qué quiere el señorito?—le preguntó un mozo distraído. Bustamante quiso cerveza. Mala hora era para tomar cerveza, pero no encontró en su memoria bebida más propia de un literato, como él era sin duda y cada vez más.

—¿Quién sabe,—pensaba, mientras ponía cara de vinagre á la cerveza que tragaba,—quién sabe? Acaso mis relaciones literarias me sirvan mejor que López para mi pretensión. Donde menos se piensa... Y esta prensa satírica... influye mucho. Tal ministro que se ríe de todas las minorías, tiembla ante una caricatura ó ante unos versitos satíricos de pie quebrado. Es muy posible que *El Bisturí* tenga más influencia que López.

Y para matar el tiempo en vez de ir á

visitar al diputado, pidió papel y pluma y se puso á escribir.

No á su mujer, no. Escribió el nombre y apellido de todos los ministros y comenzó á manchar el pliego con versos, encima de los cuales puso: *Anagramas políticos*.

Así esperó la hora de ser presentado á los satíricos del *Bisturí*.

Cuando Miguel Paleólogo Bustamante llegó al café en que se reunían los redactores de *El Bisturí*, que era el Suizo Nuevo, ya los ilustres periodistas, satíricos como diablos, estaban alrededor de una mesa discutiendo, como de costumbre. Rueda los habia enterado de las condiciones físicas y morales de su colaborador *el de las charadas*, y como notara que sus compañeros insistían en tener en muy poco al mísero provinciano, para hacerle valer recurrió á una mentira que le pareció inocente. Les dijo que era rico, y muy capaz, si allí halagaban su vanidad, de subvencionar *El Bisturí*, que se moría de hemotisis.

La presentación se hizo con solemnidad. Rueda estuvo en ella muy digno y serio como un introductor de embajadores. Era el muchacho andaluz de la clase de los so-

sos y tristonos, y en su candidez, vecina de la pobreza de espíritu, propendía á mirar todas las cosas por el lado serio, que podían no tener siquiera.

Bustamante no trató ni un momento de ocultar que estaba conmovido, realmente conmovido.

En él las impresiones fuertes se traducían en un sudor copioso y de mal tono que bajaba por la frente hasta el tejado de cejas y pestañas; en una sonrisa de barro cocido, toscamente modelado, y en un ceceo tartajoso que inspiraba compasión, quitando al más cruel las ganas de burlarse.

Los redactores de *El Bisturí* supieron apreciar en lo que valía la humildad del provinciano, y después de significar que era ya de la mesa, que se le admitía allí como un ingenio colaborador, siguieron las disputas interrumpidas.

Bustamante colocó su taza de café en una esquina de la mesa, juzgando que hartó honor era para él disponer de tan reducido espacio; se sentó al sesgo, para tomar menos sitio, y se juró en el fondo de su «fuero interno» pagar todo el gasto aquel día. Oía y callaba, y decía á todos con la cabeza que

sí, que era como ellos aseguraban, aunque se contradijeran. De vez en cuando, si la discusión se acaloraba y no temía ser oído ni visto, se acercaba á su amigo Rueda y le decía en voz baja, casi por señas á veces: —¿Quién es éste?

—Este que habla tan bien ¿quién es?— preguntó primero, señalando á un joven alto, de barba negra, de buena figura, pero insulso de expresión, lacio y repugnante, porque se hacía el vivaracho y gracioso cuando la pereza meridional estaba pintada en todo él pidiendo á voces silencio, reposo, vida de vegetal, nada de excitaciones cerebrales.

—¿Ese? Ese es una notabilidad,—respondió de buena fe Rueda, al oído de Miguel.—Es Merengueda, que ha escrito ya un artículo en *Los Lunes de El Imparcial*. unos versos en *La Ilustración* y todo lo que ha querido en *La Raza Latina* y *La Moda Libre*.

Paleólogo se volvió para contemplar á Merengueda á su talante.

—Si, sí, me suena,—dijo.

Merengueda era el redactor principal de *El Bisturí*, escribía los artículos de fondo,

que tenían que ser muy intencionados, sátiras como cantáridas, y de un estilo muy alegre, familiar y... vamos, barbián como decían ellos.

Merengueda, (que se llamaba Narciso), tenía la desdichada habilidad de asimilarse (frase suya) todas las muletillas de moda en los periódicos festivos que él admiraba é imitaba. Como en los artículos de esos periódicos no solía haber más gracia que la de un estilo plebeyo, chavacano, desaliñado y caprichoso, plagado de idiotismos necios, de giros y vocablos puestos en uso por una moda irracional, poco trabajo le costaba al satírico de *El Bisturí* parecerse hasta igualarlos á los humoristas de otros papeles muy leídos y acreditados. Por lo cual los amigos de Merengueda le tenían por un Fígaro en ciernes.

Para comenzar su artículo tenía siempre una muletilla que usaba sin conciencia de ella, creyendo que cada vez se le ocurría por la primera y que tenía gracia y originalidad.

«Pues, señor, el gobierno nos quiere hacer felices, y... ¡nada! hay que dejarle pasar con la suya; porque, lo que digo yo,

señores...» Así empezaba un día el artículo.

Y otro día: «Pues, señor; que el gobierno se quiere quedar con nosotros».

Y otro: «Pues, señor; que el gobierno es un barbián».

Y cuando no era *pues señor* era *decididamente*.

Aquello de empezar por *decididamente* se le antojaba á Merengueda un recurso del mejor gusto, porque parecía como que se seguía hablando... de lo que no se había hablado todavía.

A estas y otras tonterías del satírico, que debía vender dátiles, las llamaban sus admiradores «sencillez, naturalidad, facilidad».

—¡Qué fácil es el estilo de Merengueda! —decían.

Y sí era fácil, ¡cómo que así puede escribir cualquiera! Las ideas del redactor en jefe (pero sin subordinados) de *El Bisturí* corrían parejas con su estilo. Pensaba á la moda, y con la misma desfachatez y superficialidad con que escribía. Era materialista, ó mejor positivista... Que no se le hablase á él de metafísica; la metafísica *había hecho su tiempo*, decía con un horroso galicismo.

Había otro redactor de *El Bisturí* que se pintaba solo para criticar á todos los autores y artistas del mundo.

Era el primer envidioso de España, y en su consecuencia se le hizo crítico del periódico. Lo mismo hablaba y escribía de teatros, que de novelas, de poesía lírica, de historia, de filosofía, de legislación, de pinturas, de música, de arquitectura y diablos coronados.

Se llamaba Blindado y lo estaba contra todos los ataques de la vergüenza que no conocía. Hablaba en el Ateneo, donde se reía de Moisés y de Krause. Para censurar un libro que tratase materia desconocida para él, (cualquier materia), comenzaba por enterarse de la ciencia respectiva por el mismo libro, y después de deberle todos sus conocimientos sobre el asunto, insultaba al autor, en nombre de la ciencia misma y le daba unas cuantas lecciones aprendidas en su libro. Si el caso era criticar un cuadro, recurría al tecnicismo de la música, y hablaba de la escala de los colores, del tono, de una especie de melodía de los matices, de las desafinaciones, de las fugas de color; pero si se trataba de música, en-

tonces recurría á los términos de la pintura, y decía que en la ópera ó lo que fuese, no había claro-oscuro, que la voz del tenor era blanca, azul ó violeta, que las frases no estaban bien matizadas, que la voz no tenía buen dibujo, etc., etc. Todo lo decía al revés. También era positivista.

Los demás redactores de *El Bisturí* eran de las mismas trazas. Para ellos no había eminencia respetable, trataban al Himalaya como al cerrillo de San Blas.

—Ese Campoamor está chocho,—decía uno.

—¡Don Federico Rubio! ¡Don Federico Rubio! Un buen cirujano, pero no es profundo, y además es poco atrevido.

—¡Encinas! Encinas comparado conmigo es como un arbusto, como oleaster.

—¡En España no hay poetas!

—¡En España no hay médicos!

—¡En España no hay *chicha!*...

—¡Ni *limoná!*

Bustamante oyendo estos y otros disparates, y con algunas copas de cognac en el cuerpo, estaba como quien ve visiones y muy colorado. Se limpiaba el sudor del robusto cuello con el pañuelo y pensaba:

—¡Señor, si tan poco valen Campoamor, Encinas, Rubio... que poquita cosa debe de ser mi señor López el diputado!... Decididamente no voy á visitarle. Aquí hay que darse tono.

Y acercándose á Rueda otra vez, le dijo en voz baja:

—Oye, tú, ¿qué opinan estos señores de López... el diputado de allá?...

Lo oyó Merengueda y gritó:

—¡Valiente animal!

—¿Quién? —preguntó Blindado.

—López, el andaluz.

—¡Oh, qué bruto!

—¡Qué zángano!

—¡Un paquidermo!

—¡Un rinoceronte!

Bustamante se puso como un pavo y dijo con tono humilde:

—No crean ustedes... también allá le tenemos por un mequetrefe... Yo no pienso pagarle la visita. ¡Es un avestruz!

—¡Un dromedario! —repitió el coro.

—Eso le decía yo á mi mujer... ¡Un dromedario!

Aquella tarde lo *pagó todo*, como se había ofrecido, el colaborador de las charadas.

Protestaron por fórmula algunos de los presentes, el mozo vaciló breve rató y por fin cobró.

Notó Bustamante que en aquel momento todos le miraron á él con respeto, con asombro pudiera decirse, y, mientras se ponía muy colorado, sintió una vanidad infinita.

A la puerta del casino se despidieron algunos redactores del *Bisturí*. Paleólogo bajó por la calle de Alcalá con Rueda, Blindado y el satírico Merengueda.

Tomaron una *manuela* cerca de la Cibelles y como sardinas en banasta se fueron á pasear al Retiro.

Bustamante no conocía el paseo de coches, y al llegar á la explanada, cerca del invernadero, donde se abre el horizonte como si allí debajo estuviera el Oceano, al ver los perfiles de los coches de lujo destacarse sobre el cielo azul, se sintió *en un mundo mejor* y se le figuró que no mucho, pero algo, se fijaba en él la atención de todos aquellos señores y señoras que se dejaban arrastrar á paso de tortuga, tan serios, tan silenciosos como si el ceremonioso paseo fuera parte de una solemnidad

religiosa, del dios del lujo y de la moda.

Cada vez se le iba subiendo más humo á la cabeza, y con esto y el mareo de la cerveza y el cognac y el ruido y movimiento de los coches, se puso medio borracho, muy contento, sin saber por qué, y empezó á ver visiones; se le imaginaba que Merengueda y Blindado eran dos grandes literatos que iban llamando la atención, y que él, que les había pagado el café y los acompañaba en aquel *simón descubierto*, también iba camino de ser un personaje.

Y tal es la perversidad humana y tanto deslumbran las grandezas de la tierra, que Miguel Paleólogo tuvo que reprocharse el criminal pensamiento de pesarle que allá en el pueblo quedasen una esposa y varios hijos, como otros tantos eslabones de una cadena que le ataba al terruño y le impedía volar y ser un hombre en aquel Madrid, como Merengueda y Blindado lo eran seguramente.

Pero Miguel no tardó en desechar tan repugnantes ideas y sentimientos y experimentó en breve la saludable y moral reacción de un cariño tierno y acendrado á los

pedazos de su alma que había dejado en Andalucía. Entonces preguntó á Rueda (que iba á su lado, sentado en la ceja de la asendereada manuela):

—¿Cuánto costaría poner casa en Madrid, con mujer y tres hijos?

—Hombre... un Potosí. En Madrid la vida es muy cara...

—Sí, ya sé... ¿pero cuánto?

—Además... todo es relativo...

—Sí ya sé... ¿pero crees tú, que... con veinte mil reales al año?...

—¡Absurdo! —gritó Merengueda, que en aquel momento saludaba á un señor que lucía un carruaje de mucho lujo, lacayos de librea oficial y un soberbio tronco.

—¿Quién es ese? —preguntó por lo bajo Miguel á Rueda.

—El ministro de la Gobernación, —contestó Pepito con afectada sencillez, como si á cada momento saludasen ellos á un ministro.

—Ni con treinta mil, si es que quiere usted comer principio, puede vivir en Madrid, —añadió Merengueda, como dando más importancia á la conversación que al incidente del saludo ministerial.

—Ya metí yo la pata,—pensó Miguel —¡cómo ha de parecerle bastante dinero mil duros á un hombre á quien saluda con la mano y sonriéndose el ministro de la Gobernación.—

En rigor, eso mismo le decía yo al diputado López,—continuó Bustamante, mintiendo como un bellaco;—él me decía que bastaría aquí un destino de veinte á veinticuatro... pero yo le contesté que menos de dos mil duros... nada.

—¡Y eso para vivir con hambre!—advirtió Rueda.

—¡Lo absurdo es poner casa!—dijo Blindado.

—Aquí no se debe vivir con familia y menos con casa puesta, á no ser millonario... porque entonces se puede tener otra casa fuera de casa.

Rueda rió la gracia. Merengueda dijo sonriendo:

—No está mal.

Y Miguel Paleólogo, tuvo la virtud de pueblo de no comprender el chiste.

—¡Que barbián es ese Paco!—dijo Merengueda, que deseaba volver á lo del saludo del ministro.

—¿Qué Paco?— preguntó Bustamante.

—Romero Robledo.

La mayor gloria de Merengueda era haber dado la mano cinco ó seis veces al señor Romero Robledo: había tenido también el honor de que el ministro en persona le hubiera pedido cierto artículo diciendo:

—Pollo, quiero ver ese palo que V. me pega en *El Bisturí*... Creo que tiene mucha gracia y á mí me gusta ver el talento, aunque sea en el enemigo...

Aquel acontecimiento no era sólo gloria de Merengueda, sino de toda la redacción. ¡El ministro sabía que *El Bisturí* le había *dado un palo!*

Desde entonces siguió pegándole... pero con palo dulce; le llamaba guapo, barbián, buen amigo, generoso, feliz mortal, etc., etcétera.

Cuando oyó todo esto del ministro, Miguel se hinchó de satisfacción y por poco tira de su asiento al pobre Rueda.

—¿Y diga V.; en qué número... salió ese palo?— preguntó Bustamante temblando de emoción.

—En el 24... sí, en el 24 creo...

¡Oh, felicidad! En el 24, precisamente venía un logogrifo suyo cuya solución era Vercingetorix.

¡Era posible que el ministro hubiese leído el logogrifo! ¡Qué honor! ¡Que diría su mujer cuando lo supiese! Miguel recordó las picardías enigmáticas que había escrito por la mañana en el café y se prometió atenuar los insultos en verso que dirigía al de Gobernación.

Y es más, cuando el coche del ministro volvió á pasar junto á la manuela del *Bis-turí*, Bustamante, sin que lo notasen sus amigos, saludó al señor Romero Robledo con un saludo zurdo y vergonzante, pero lleno de abnegación y desinterés; el ministro no le contestó porque no le vió siquiera. Iba sonriendo, eso sí, pero no á él, no á Paleólogo, sino al universo mundo.

Blindado no trataba á ningún ministro.

Le apestaba la política... Pero también tuvo su saludo interesante.

Una señora de unos cuarenta años, que iba sola en una carretela con escudo nobiliario, triste, aburrida se animó al ver á Blindado, se irgió y le saludó con el abanico y con la gracia del mundo.

Blindado saludó con las líneas quebradas que usaban entonces los pollos elegantes.

Rueda guiñó el ojo á Merengueda, que se puso pálido de envidia.

Miguel, temiendo ser indiscreto, no preguntó nada, pero admiró, desde otro punto de vista, al afortunadísimo Blindado, que no sólo era un gran crítico, sino que se veía saludado de aquel modo por marquesas muy elegantes, aunque jamonas.

—Decididamente, — pensó Bustamante imitando el estilo de Merengueda, — estos muchachos son notabilidades y *El Bisturí* es un periódico de fuste. ¡Oh! ¡Si no hay como la prensa satírica!

Ya cerca del oscurecer se apearon frente al Suizo.

Miguel inmediatamente se acercó al cochero, se impuso y pagó.

— ¡De ningún modo!...

— No puede ser...

— ¡Cobre usted! — gritó con energía el provinciano, aludiendo al duro que había entregado al asturiano del pescante (perífrasis que prefiero á llamarle automedonte).

— *Esti duro non me paez buenu, señuritu...*

En efecto aquel duro era falso, si bien no era el mismo que le había entregado Miguel.

De buena gana hubiera discutido la cuestión Paleólogo, pero le pareció ridículo tener allí á sus ilustres amigos detenidos, llamando la atención por tan poca cosa. Podían pasar el ministro y la marquesa y enterarse. ¡De ningún modo lo consentiría él!

Dió otro duro y el cochero le devolvió una peseta.

El escéptico Blindado cuando ya la manuela había desaparecido, tuvo una duda.

—Mire V. esa peseta... ¡Esa sí que será falsa probablemente!...

Miguel tuvo pronto la seguridad de que era falsa en efecto.

Blindado sonrió con amargura... y cierta satisfacción.

Y Miguel, olvidando aquel par de duros pensó admirado.

— ¡Cómo conoce este hombre el corazón humano! Así él seduce marquesas y despeleja autores.

En aquel instante se le ocurrió á Blindado el siguiente galicismo:

—¿Si comiéramos en el Inglés?

La proposición fué aprobada por unanimidad, pero se le impuso una condición á Bustamante: que no había de pagar él por todos.

—¡A la inglesa! —exclamó Ruedita.

—¡A la inglesa! —repitió Blindado con menos fervor.

—Bueno, señores, no se hable de eso, —respondió Paleólogo, sonriendo con malicia, que daba á entender su oculto pensamiento: pagarlo él todo. Estaba decidido á hacer carrera por allí, por la prensa satírica, y no vacilaba en sacrificar un billete de cien pesetas, que destinaba á aquella comida magna. El había oído decir que muchos ricachos de pueblo se habían hecho hombres en Madrid sin más que dar banquetes á los personajes. Pues él quería hacer lo mismo.

Subieron á los comedores, buscaron un gabinete para cuatro cubiertos y el mozo les preguntó, con un aire de gran señor que desorientó á Bustamante:

—¿Cubierto?

Rueda y Merengueda se miraron vacilantes, pero Blindado, águila en ciertos

asuntos, sobre todo en el conocimiento del corazón humano, como había pensado muy bien Bustamante, se apresuró á decir:

—¡No, hombre, no! Trae la lista.

A Miguel le extrañó que Blindado tutease al camarero de las patillas, y se dijo:— Estos hombres audaces son los que suben. ¡Cuánto daría yo por atreverme á tutear á ese... señor mozo!

El comedor en que estaban tenía su diván y espejo rectangular, de cajón en semejantes lugares comunes. Pero á Bustamante le pareció aquello un lujo superior á los propios merecimientos. El diván ancho y bien mullido le parecía un incentivo demasiado fuerte de la voluptuosidad. Cuando le dijeron que allí se comía con *amiguitas* y que aquellos nombres inscritos en el espejo con diamantes eran de las palomas torcaces que solían acudir al reclamo de una buena mesa, Paleólogo sintió vacilar el edificio de sus creencias morales de provinciano morigerado. Ya desde su pueblo traía el proyecto vago, indeciso, de ser infiel á su esposa una sola vez, no por nada, sino por ver de todo, por saber lo que había adelantado la civilización en

cierto ramo que en su tiempo estaba muy atrasado. Aquel diván y aquel espejo le recordaron su plan en boceto de infidelidad transitoria.

Trajo el camarero la lista, que estaba en francés de folletín traducido.

Blindado puso el tarjetón en manos de Miguel diciendo:

—Que escoja el señor; es su derecho de forastero.

Miguel se puso colorado y el consabido sudorcillo de las situaciones apuradas comenzó á inundarle el cogote.

El había traducido francés, en otra época, había leído el *Telémaco* y algo del *Gil Blas*... Pero temía que la lengua del vecino imperio, como él llamaba á Francia, y eso que hacía algunos años de la caída de Napoleón, temía que la lengua del vecino imperio se le hubiese ido de la memoria.

Lo primero que vió fué la lista de los vinos, porque había empezado á leer por el reverso.

Pidió tres ó cuatro *chateaux*, por lo pronto. Después se limpió el sudor con el pañuelo y volvió á la carga. Todo lo que veía tenía nombre de vino; además lo decía

arriba: *Vins*, y esto significaba vinos ó él había olvidado el francés.—Pues, señor,—pensaba entre congojas,—¿si será moda ahora emborracharse con toda clase de vinos y no comer?

—Señores,—dijo en voz alta,—esto me parece demasiado egoísmo; á mí me gusta de todo, escojan ustedes.

Entonces Blindado tomó la lista, le dió la vuelta y pidió de lo más suculento y sabroso, nombrándolo en francés y preguntando á cada plato á Miguel:

—¿Le gusta á V. esto?

El otro aprobaba sin entender palabra, ¡Diablo de francés! Aquello no era lo que él había leído en el *Telémaco... ecrevisse... asperges*. El sabio Fenelón no decía palabra de estas cosas. Indudablemente, las lenguas cambiaban, como todo. Afortunadamente él, Miguel Paleólogo, se tenía por hijo de su siglo y estaba dispuesto á comer todos aquellos que se le antojaban neologismos franceses, y hasta dispuesto á pagarlos.

Se comió bien; con los mariscos se enseñó Blindado, que tenía proyectos trascendentales. Comieron ostras, langosta,

langostinos, calamares, todo ello regado con los vinos correspondientes. A mitad de comida, Miguel, que había perdido el miedo y se ahogaba en sudor, tuteó al mozo para decirle:

—Oye, tú, ¿hay encendida por ahí alguna estufa?

El mozo sonrió, dando á entender que comprendía el chiste. Miguel creía en la estufa oculta.

—La estufa la tienes tú aquí, *troglodita*,—dijo Blindado, dando una palmadita familiar en el abdomen, respetable al fin, de Bustamante.

Y acercándose al oído del provinciano le dijo algo que le obligó á mirar al diván con ojos llenos de lujuria.

—¿Odaliscas, eh? ¡Ah, pillín!—gritó entre carcajadas grotescas el hombre de las charadas.

—¡Cuidado!—dijo Ruedita, en voz baja, á Blindado.

—¿Por qué?

—Porque me lo vas á emborrachar de veras.

—¿Y qué?

—¡No hay que abusar!—advirtió con

gravedad de borracho prudente Merengueda, que comía y bebía más que todos y estaba muy pálido.

Muy bien le pareció á Bustamante lo de tomar helado antes de terminar la comida; era cosa nueva para él semejante intermedio, pero lo reputó excelente.

—¡Y mi mujer, — pensaba, — que nunca da leche merengada á los chiquillos si no han hecho antes la digestión! ¡Que preocupaciones hay en los pueblos!

—¡Preocupaciones! — siguió reflexionando. — ¡Quién sabe, después de todo, si esto de la fidelidad conyugal será también una preocupación! Después de todo, la moral es relativa, como decía hoy este talentazo de Blindado en el café.

—¿Odaliscas, eh? ¿Con que odaliscas? — repitió en voz alta, riendo como un fauno.

— ¡Hola, no le ha caído en saco roto! — dijo el crítico, que aproximó su silla á la de Miguel.

Hablaron en voz baja.

Rueda y Merengueda conferenciaron también.

A los dos les daba la borrachera por la prudencia. Rueda decía :

—¡Esto es abusar! Ese Blindado cree que por venir de provincias es tonto mi amigo... ¡Quiere explotarle y degradarle!...

—¡Es un cínico! ¡Esta comida le va á costar un dineral! ¡Ha pedido de lo mejor!—respondió Merengueda, serio y sin perder bocado.

—¿A quién le va á costar un dineral?

—A Blindado... ¿Pues á quién? Ya que él la pidió así, que la pague; yo no traigo aquí más que dos duros...

—¡Pues lo menos nos sube á cinco por barba!

—¡Y ese otro bestia ha pedido tanto vino!...

—¡Y caro!... Yo traigo seis pesetas.

—¡Pues que pague Blindado!

—¿Con qué?

—¡Qué se yo! con las costillas... ¡yo no pago!—Y Merengueda comía, serio, taciturno, pálido, olvidado de que era un humorista de *fondos políticos*.

Blindado, levantando el gallo, decía:

—¿Pues qué duda tiene? La moral es relativa... tienes razón, Miguelito; has coincidido con Pascal; verdad aquí... error al otro lado de los Pirineos. El hombre es na-

turalmente lascivo, el pudor en la mujer, una convención... Las mujeres de unas islas... las islas... las islas... en fin,

Más allá de las islas Filipinas.

Pues bien, las mujeres de allí se arrojan al agua para acercarse á nado á las naves de los europeos y ofrecerles su cuerpo á cambio de abalorios, pañuelos de seda y otras baratijas...

--¡ Así se abrió España al cartaginés!— observó Bustamante, satisfecho de haber colocado oportunamente una cita de primeras letras.

Blindado y Miguel Paleólogo quedaron en que la moral era relativa y en ir aquella noche á visitar á varias damas de las Camelias, irredimibles y hasta empeñadas.

Cuando llegó la hora de pagar, Bustamante se impuso. Estaba bastante borracho para no admitir competencia. Gritó, insistió en pagar él solo, cuando ya nadie le llevaba la contraria. Entregó, sin saber lo que hacía, un billete de cien pesetas, y el camarero le devolvió unas cuantas en una bandeja plateada. La bandeja deslum-

bró á Paleólogo, que se guardó aquéllas creyendo que eran un dineral.

—¡La propina, hombre!—le advirtió Blindado.

—¡Ah, caballero, usted dispense!... Toma,—añadió, recordando que debía llamar de tú al mozo. Y le dió un reluciente Amadeo.

—¿A dónde vamos?—preguntó Rueda en la calle.

—¡Hombre! Vamos á ver á esas señoras... amigas de...—dijo como pudo Miguel.

—No,—observó Blindado,—has de saber, compadre, que en la *alta sociedad* no reciben tan temprano. Ahora vamos al Real. Allí verás marquesas llanas y populares que no vacilan en codearse con cualquiera. Iremos al paraíso, que es donde están esas marquesas de incógnito. Nuestro traje no nos permite presentarnos en las butacas; los palcos por asiento son cursis... Vamos al paraíso.

—Sí, sí, vamos.

Miguel había oído en su pueblo que en el paraíso se juntaba lo mejor de Madrid; que iba allí cada marquesa y cada duquesa, así, como quiera, de trapillo. A él se lo ha-

bía dicho un gobernador de provincia, que también asistía al paraíso cuando era gobernador cesante, y no se avergonzaba; iba, también, como un cualquiera.

Rueda y Merengueda, que tenían la borrachera antipática de la prudencia, dejaron solos á Blindado y Paleólogo.

— ¡Nos lavamos las manos—dijo Rueda!

— Eso es, —añadió Merengueda,— no queremos ser responsables de las picardías de ese tuno.

Rueda hablaba de pedir una satisfacción á Blindado al día siguiente. Le había secuestrado al amigo, al probable protector de *El Bisturí*.

Miguel llegó con su nuevo Mentor madrileño al paraíso del Real.

— Sobre todo no seas tímido,—le había dicho Blindado, por la escalera, que no se acababa nunca.—No seas tímido; aquí todo se hace al vapor, el amor inclusive. Siéntate junto á una chica guapa, que probablemente será hija de un título. Oprímla usted; si ella resiste al palo... písela usted el pie. (Volvía á darle tratamiento de usted.)

— ¿Y si ella está en el banco inferior?

—Entonces le pisa usted una mano... Es decir, eso no; en fin, la topografía dirá á usted cómo y cuándo ha de pisar ó tocar, ó lo que sea.

—Sentémonos aquí, que se domina el escenario.

—No, señor, eso es cursi. No hay que ver, sino oír. Los inteligentes, los críticos nos sentamos aquí abajo.

Paleólogo siguió á su amigo á los bancos inferiores. Se sentaron en la sombra. Desde allí no se veía más que el cielo mitológico y la gradería paradisiaca. Pronto comenzó la orquesta á hacer temblar el aire. Se trataba del *Rienzi*, de Wagner. Paleólogo estaba aturdido con tal estrépito, y grande fué su asombro al ver levantarse á todos los de aquel banco, que eran, sin duda, los inteligentes, y gritar como energúmenos, enseñando los puños y los bastones á los dioses del techo:

—¡Más tambores! ¡Faltan tambores! ¡Se defrauda al público! ¡Más tambores!...

—¡Más tambores! ¡Dios mío!—pensaba Paleólogo.—¿Para qué querrán tanto parche estos caballeros?

Lo que es no entenderlo: él creía que so-

braban tamborileros. No tardó en olvidarse del arte para no pensar más que en una joven rubia que tenía cerca de sí, á su espalda, la cual ya le pisaba los faldones del *chaquet*. Era muy blanca y muy relamida, y Bustamante la tuvo por duquesa desde la primera mirada con que ella se dignó favorecerle, al volver él la cabeza para contemplarla. De mirada en mirada, el provinciano iba perdiendo la poca cabeza que le quedaba, y sin encomendarse al diablo (que á Dios no había de ser), se atrevió á pisar un pie diminuto, de la duquesita; pero *se lo pisó con la mano*, que todo era pisar, tratándose de Paleólogo. No había otro modo. Calló la niña y no retiró aquella monada, que tenía entre dedos gordos y blandos el atrevido lugareño.

— ¡Esto es hecho! — pensó Paleólogo. — Aventura tenemos. La duquesa de Pinohermoso, pongo por pino, se ha prendado de mí... Perdóne mi mujer, pero esto honra á la familia. Además, la moral es relativa y en Madrid es cursi andarse con repulgos.

Y atreviéndose más, tocó el elástico de la bota de la duquesa (que traía botas con elástico). Todavía calló la aristócrata.

A Miguel le daba vueltas el paraíso delante de los ojos... Se ahogaba... no sentía más que una audacia sin límites... Puso la mano sobre un tobillo redondo, tentador... y acto continuo creyó que le habían roto la espina dorsal, merced á un puntapié que la duquesa tuvo á bien aplicarle, salva la parte, con toda la energía de su pudor sobresaltado.

La duquesita le llamó sin vergüenza y mal *cabayero* y le preguntó retóricamente que por quién la había tomado, añadiendo que si estuviese allí su papá... Pero estaba la mamá, que llamó á Alfredito, un novio para la niña, sentado un poco más arriba. Alfredito desafió *in continenti* al provinciano, entre los siseos del público. En el escenario andaban á sablazos con gran estrépito también. Miguel aceptó el reto sin ver, oír ni entender; creía que estaba loco, y escapó de aquellos bancos perseguido por los silbidos del público inteligente. En el entreacto, Blindado salió en busca de Miguel, le dijo que no *valía la pena abroncarse* por tan poco. Aquella señorita no era duquesa, sino hija de un empleado en consumos, una cursi de las pocas que se desli-

zaban entre la buena sociedad del paraíso. Por eso ella había gritado. Cuando diera con una verdadera señora, vería Paleólogo cómo no se quejaba por mucho que él se insinuara.

Sin embargo, Bustamante se juró á sí mismo no insinuarse más, y se fué á los bancos altos de la izquierda (del espectador), para contemplar á su gusto á la familia real, que estaba en frente, allá abajo, en su palco de diario. Tomó unos gemelos de alquiler y embelesado admiraba al rey, á la reina y á las infantas. Un profundo sentimiento de amor á la monarquía y á la dinastía, le embargaba el alma; la música hacía mayor su entusiasmo. El rey tomó unos gemelos muy grandes, paseó la mirada por el teatro, y... ¡oh, placer! se le antojó mirar hacia arriba... ¡Paleólogo creyó que le miraba á él y que le miraba con fijeza!... No, no debía de ser á él... ¡pero si... era á él!... En rigor, no era un desconocido, así, en absoluto, para Su Majestad. Al pasar el tren real por el pueblo, siendo Paleólogo concejal, había saludado á Su Majestad en la plataforma del wagón... y el rey se había sonreído é inclinado la cabe-

za... como ahora... También se sonreía ahora.

— ¡Oh, no cabe duda, es á mí!

Y Paleólogo saludó á S. M., que ni siquiera veía al ex concejal.

El entusiasmo dinástico le duró hasta el final de la ópera. Contemplando estaba á sus anchas , con los ojos metidos por los cristales de los gemelos, cómo la familia del monarca se despedía del público , á los *acordes de la marcha real*, cuando oyó dos silbidos á su lado, muy cerca y toses y otros ruidos subversivos... Volvió la cabeza indignado , ardiendo en celo monárquico y se encontró con un guardia de orden público que, sujetándole por el cuello de la camisa le intimó la rendición de su persona con todos sus derechos ilegislables.

— Todos los de este banco... desde aquí... hasta aquí... ¡presos!

— ¡Pero, señor!...

— ¡Silencio!

Y la autoridad, en forma de media docena de polizontes, llevó al mísero Paleólogo á la prevención, en compañía de otros seis malhechores, todos estudiantes menos él.

— ¡Blindado! — gritaba Miguel al bajar aquella escalera que había subido lleno de ilusiones.

Pero Blindado no parecía.

Durmió en la prevención el mísero Bustamante. Así pasó su primera noche en Madrid.

Y al día siguiente, tuvo que salir desterrado á Guadalajara, *con otros estudiantes*.

La Correspondencia lo decía: «Don Miguel Bustamante, alumno de la facultad de Medicina; Don Pedro Pérez, de la de Farmacia, y Don Antonio Gómez, de las de Ciencias, han sido desterrados á Guadalajara, á consecuencia del escándalo del Teatro Real, de que ya dimos cuenta á nuestros lectores.»

Los primeros días de su destierro en Guadalajara se aburrió mucho Miguel Paleólogo. Su carácter de *víctima de nuestras disensiones políticas*, le tenía muy orgulloso y descontentadizo. Hablaba poco con la patrona, nada en la mesa, iba al café y pedía su veneno correspondiente por señas, y sin decir una palabra pagaba.

Empezó á escribir sus memorias para *entretener sus ocios*.

Un extracto de aquel diario nos ahorrará muchos párrafos de soporífera narración.

Copio:

«Guadalajara es un poblachón que yace bajo el poder de un militarismo invasor.

»No se vé más que capotes azules y franjas de pantalón partidas en dos.

»Me han presentado en el café á varios caballeros alumnos de la Academia de Ingenieros. Simpatizamos.

»Presentación en el Casino. No hay más que caballeros alumnos. Un joven toca el piano... con los tacones y las espuelas.

»Me va gustando Guadalajara. Los paisanos me llaman ya el *ingeniero*, por mis relaciones con el elemento militar. Después de todo, los ejércitos permanentes son una necesidad.

»Velita, que es el diablo y además una cosa que llaman aquí *perdigón*, es mi íntimo amigo.

»Velita me aconseja que enamore á doña Nicolasa, que ignora mi estado. Cierto que la moral es relativa, como decía muy bien Blindado, pero, ¿y si don Serapio, el hermano de doña Nicolasa, averigua mis planes y me desloma?

»¡Dios mío! ¡en buena me he metido! ¡Un desafío con doña Nicolasa! lo que yo me temía. Leo lo escrito y enmiendo: el desafío no es con doña Nicolasa sino con don Serapio, su hijo, digo, su hermano. No sé lo que me escribo. ¿Por qué sería doña Nicolasa tan sensible y yo tan calavera y tan... tan... tarantán? ¡A buena hora mangas verdes! después del burro muerto...

»Leo lo de mangas verdes y no lo borro porque me he propuesto escribir en estilo familiar y decir todo lo que siento, confesar mis debilidades y darme bombo siempre que lo merezca, como lo hacía J. J. Rousseau.

»Me he portado bastante bien sobre el terreno. Don Serapio me pidió una explicación y yo se la dí por consejo de Velita. Pagué la cena para todos aquellos señores y ya no se hablará más del asunto. Pero permítaseme consagrar un suspiro á la memoria de estos amores efimeros y dulces, y á la de su víctima propiciatoria, como creo que se dice, aunque no estoy seguro. ¡Ay, pobre Nicolasa!

»¡Gran éxito! En la tertulia de las de Pintiparado hemos representado charadas

Velita y yo, con acompañamiento de caballeros alumnos y señoritas de la localidad y de Marchamalo. Yo he representado varias fábulas de Esopo. Dicen que el asno lo figuraba tan bien que no me faltaba más que rebuznar. No, y yo hubiera rebuznado, pero la charada clásica debe ser muda.

»Me ha llamado á su despacho el señor gobernador. Tengo un poco de miedo, aunque poco. ¿Será por lo de doña Serapia, digo, Nicolasa (¡ingrato!) ó será por causas políticas?

»Era por causas políticas. Mis charadas de *El Bisturí* me han comprometido. Se me sigue causa en rebeldía y el gobernador me entrega al juez, que me entregará á la guardia civil.

»¡Yo sí que voy á entregarla de ésta!

»¡La gloria es un martirio! La Academia en masa me ampara y pide al gobernador, casi amotinada, que aplace mi prisión... pero á mí no me llega la camisa al cuerpo. Esos caballeros alumnos, cuya buena intención agradezco, pueden empeorar mi causa.

»El gobernador acaba de acceder á la pe-

tición de los ingenieros y se dará en el teatro esta misma noche, una función á mi beneficio. Yo representaré charadas y haré de hijo en *Verdugo y sepulturero*. Después, saldré entre civiles del teatro. Definitivamente, soy un mártir de las ideas y un genio. Lo de genio no se lo diré á nadie por ahora, pero lo soy...

»Necesito coordinar mis ideas... ¡Qué emociones!... El teatro lleno de uniformes... la escena llena... de roses... En cuanto yo exclamé:

Yo derribo una cabeza
siempre del primer hachazo...

los caballeros alumnos, como otros tantos caballeros energúmenos, se levantaron, locos de entusiasmo, y á gritos, á palmas, hasta sablazos creo, improvisaron la ovación más descomunal de todos los siglos, por lo menos de todos los siglos en que ha habido ingenieros militares. ¡Qué entusiasmo! El tablado se cubrió de roses, después se cubrió de caballeros alumnos. Velita me quiso ahogar en un abrazo.

»Me sacaron en procesión por las calles.

»El gobernador mandó á los civiles para

rescatarme... Palos, sablazos, tiros... ¡qué se yo! Dormí en el calabozo de la Academia. Aquello fué una equivocación, pero dormí dentro del fuero militar.

»Al día siguiente comparecí ante el director de la ilustre escuela. Era un brigadier medio ciego, muy ordenancista y de muy malas pulgas. Me llamó caballero alumno y me mandó arrestado, mientras se me formaba sumaria. Creyó que era yo ingeniero. No me permitió sacarle de su error y fuí arrestado en nuevo calabozo.

»Ocho días después, salíamos desterrados para Andalucía «varios alumnos de la Academia de ingenieros militares, entre ellos el Sr. D. Miguel Paleólogo Bustamante, complicado en otras causas políticas». A lo menos así lo decía *La Correspondencia*.

»Yo me encontré, de justicia en justicia, entregado á la de mi pueblo. Entré en mis lares en calidad de estudiante, periodista y caballero alumno de ingenieros, desterrado por causas políticas.

»Mi mujer, mis hijos lloran conmigo en el destierro, algo menos penoso por las dulzuras del hogar.

»Como sigo cesante, el pan, el poco pan que comemos es negro. ¡El negro pan del destierro!

»Toda mi familia, todos mis vecinos, se esfuerzan por consolarme... pero ¡ay! en vano, mi llanto es inagotable.

»Por mucho que ellos quieran endulzar mi amargura, yo no dejaré de ser una víctima de nuestras disensiones políticas.

»¡Soy un desterrado!

»Cierto que ésta es mi esposa, éstos mis hijos, ésta mi casa, éste mi lecho, éste mi gorro, mi inveterado gorro de dormir...

»Pero, ¿y el sol de la patria?

»PALEÓLOGO.»

Oviedo, 1884.



ZURITA



ZURITA

I



ómo se llama V.?—preguntó el catedrático, que usaba anteojos de cristal ahumado y bigotes de medio punto, erizados, de un castaño claro.

Una voz que temblaba como la hoja en el árbol respondió en el fondo del aula, desde el banco más alto, cerca del techo:

—Zurita, para servir á V.

—Ese es el apellido; yo pregunto por el nombre.

Hubo un momento de silencio. La cátedra, que se aburría con los ordinarios preliminares de su tarea, vió un elemento dramático, probablemente cómico, en aquel diálogo que provocaba el profesor con un desconocido que tenía voz de niño llorón.

Zurita tardaba en contestar.

—¿No sabe V. cómo se llama?—gritó el catedrático, buscando al estudiante tímido con aquel par de agujeros negros que tenía en el rostro.

—Aquíles Zurita.

Carcajada general, prolongada con el santo propósito de molestar al paciente y alterar el orden.

—¿Aquíles ha dicho V.?

—Sí... señor—respondió la voz de arriba, con señales de arrepentimiento en el tono.

—¿Es V. el hijo de Peleo?—preguntó muy serio el profesor.

—No, señor—contestó el estudiante cuando se lo permitió la algazara que produjo la gracia del maestro. Y sonriendo, como burlándose de sí mismo, de su nombre y hasta de su señor padre, añadió con rostro de jovialidad lastimosa:— Mi padre era alcarreño.

Nuevo estrépito, carcajadas, gritos, patadas en los bancos, bolitas de papel que buscan, en gracioso giro por el espacio, las narices del hijo de Peleo.

El pobre Zurita dejó pasar el chubasco,

tranquilo, como un hombre empapado en agua ve caer un aguacero. Era bachiller en artes, había cursado la carrera del Notariado, y estaba terminando con el doctorado la de Filosofía y Letras; y todo esto suponía multitud de cursos y asignaturas, y cada asignatura había sido ocasión para bromas por el estilo, al pasar lista por primera vez el catedrático. ¡Las veces que se habrían reído de él porque se llamaba Aquiles! Ya se reía él también; y aunque siempre procuraba retardar el momento de la vergonzosa declaración, sabía que al cabo tenía que llegar, y lo esperaba con toda la filosofía estoica que había estudiado en Séneca, á quien sabía casi de memoria y en latín, por supuesto. Lo de preguntarle si era hijo de Peleo era nuevo, y le hizo gracia.

Bien se conocía que aquel profesor era una eminencia de Madrid. En Valencia, donde él había estudiado los años anteriores, no tenían aquellas ocurrencias los señores catedráticos.

Zurita no se parecía al vencedor de Héctor, según nos le figuramos, de acuerdo con los datos de la poesía.

Nada menos épico ni digno de ser cantado por Homero que la figurilla de Zurita. Era bajo y delgado, su cara podía servir de puño de paraguas, reemplazando la cabeza de un perro ventajosamente. No era lampiño, como debiera, sino que tenía un archipiélago de barbas, pálidas y secas, sembrado por las mejillas enjutas. Algo más pobladas las cejas, se contraían constantemente en arrugas nerviosas, y con esto y el titilar continuo de los ojillos amarillentos, el gesto que daba carácter al rostro de Aquiles era una especie de resol ideal esparcido por ojos y frente; parecía, en efecto, perpétuamente deslumbrado por una luz muy viva que le hería de cara, le lastimaba y le obligaba á inclinar la cabeza, cerrar los ojos convulsos y arrugar las cejas. Así vivía Zurita, deslumbrado por todo lo que quería deslumbrarle, admirándolo todo, creyendo en cuantas grandezas le anunciaban, viendo hombres superiores en cuantos metían ruido, admitiendo todo lo bueno que sus muchos profesores le habían dicho de la antigüedad, del progreso, del pasado, del porvenir, de la historia, de la filosofía, de la fe, de la razón, de la poe-

sía, de la crematística, de cuanto Dios crió, de cuanto inventaron los hombres. Todo era grande en el mundo menos él. Todos oían el himno de los astros que descubrió Pitágoras; sólo él, Aquiles Zurita, estaba privado, por sordera intelectual, de saborear aquella delicia; pero en compensación tenía el consuelo de gozar con la fe de creer que los demás oían los cánticos celestes.

No había acabado de decir su chiste el profesor de las gafas, y ya Zurita se lo había perdonado.

Y no era que le gustase que se burlaran de él; no, lo sentía muchísimo; le complacía vivamente agradar al mundo entero; mas otra cosa era aborrecer al prójimo por burla de más ó de menos. Esto estaba prohibido en la parte segunda de la *Ética*, capítulo tercero, sección cuarta.

El catedrático de los ojos malos, que tenía diferente idea de la sección cuarta del capítulo tercero de la segunda parte de la *Ética*, quiso continuar la broma de aquella tarde á costa del Aquiles alcarreño, y en cuanto llegó á la ocasión de las preguntas, se volvió á Zurita y le dijo:

--Á ver, el señor don Aquiles Zurita. Hágame V. el favor de decirme, para que podamos entrar en nuestra materia con fundamento propio, ¿qué entiende V. por conocimiento?

Aquiles se incorporó y tropezó con la cabeza en el techo; se desconchó éste, y la cal cubrió el pelo y las orejas del estudiante. (*Risas.*)

—Conocimiento... conocimiento... es... Yo he estudiado Metafísica en Valencia...

—Bueno pues... diga V., ¿qué es conocimiento en Valencia?

La cátedra estalló en una carcajada: el profesor tomó la cómica seriedad que usaba cuando se sentía muy satisfecho. Aquiles se quedó triste. «Se estaba burlando de él, y esto no era propio de una eminencia».

Mientras el profesor pasaba á otro alumno, para contener á los revoltosos, á quien sus gracias habían soliviantado, Zurita se quedó meditando con amargura. Lo que él sentía más era tener que juzgar de modo poco favorable á una eminencia como aquella de los anteojos. ¡Cuántas veces, allá en Valencia, había saboreado los libros de

aquel sabio, leyéndolos entre líneas, penetrando hasta la médula de su pensamiento!

Tal vez no había cinco españoles que hubieran hecho lo mismo. ¡Y ahora la eminen-
cia, sin conocerle, se burlaba de él por-
que tenía la voz débil y porque había estu-
diado en Valencia, y porque se llamaba
Aquiles, por culpa de su señor padre, que
había sido amanuense de Hermosilla!

Sí, Aquiles era un nombre ridículo en
él. Su señor padre le había hecho un flaco
servicio; ¡pero cuánto le debía! bien podía
perdonarle aquella ridiculez recordando
que por él había amado los clásicos, había
aprendido á respetar las autoridades, á ad-
mirar lo admirable, á ver á Dios en sus
obras y á creer que la belleza está en todo
y que la poesía es, *como decía el gran Jove-
llanos*, «el lenguaje del entusiasmo y la
obra del genio». ¡Oh dómine de Azuqueca,
tu hijo no reniega de tí, ni de tu pedante-
ría, á la que debe la rectitud clásica de su
espíritu, alimento fuerte, demasiado fuerte
para el cuerpo débil y torcido con que
la naturaleza quiso engalanarle interina-
mente!

Pero, aquel mismo señor catedrático,

seguía pensando Zurita, ¿hacía tan mal en burlarse de él? ¡Quién sabe! Acaso era un humorista; sí, señor, uno de esos ingenios de quien hablan los libros de retórica filosófica al uso. Nunca se había explicado bien Aquiles en qué consistía aquello del *humour* inglés, traducido después á todos los idiomas, pero ya que hombres más sabios que él lo decían, debía de ser cosa buena. ¿No aseguraban algunos estéticos alemanes (¡los alemanes! ¡que gran cosa ser alemán!) que el humorismo es el grado más alto del ingenio? ¿Que cuando ya uno, de puro inteligente, no sirve para nada bueno, sirve todavía para reirse de los demás? Pues de esta clase, sin duda, era el señor catedrático: un gran ingenio, un humorista, que se reía de él muy á su gusto. Claro, ¿á quién se le ocurre llamarse Aquiles y haber estudiado en Valencia?

II

Tenía ya treinta años. Hasta los quince había ayudado á su padre á enseñar latín;

á los veinte se había hecho bachiller en artes en el Instituto de Guadalajara; después había vivido tres años dando paso de Retórica, Psicología, Lógica y Ética á los niños ricos y holgazanes. Un caballero acaudalado se lo llevó á Oviedo en calidad de ayo de sus hijos, y allí pudo cursar la carrera del Notariado. Á los veinticinco años la historia le encuentra en Valencia sirviendo de ayuda de cámara, disfrazado de maestro, á dos estudiantes de leyes, huérfanos, americanos. Á cada nuevo título académico que adquiría Zurita cambiaba de amo, pero siempre seguía siendo criado con aires de pedagogo. Parecía que su destino era aprenderse de memoria, á fuerza de repetirlas, las lecciones que debían saber los demás. Al cabo supo todo lo que ignoraban los que medraron mucho más que él. Zurita les enseñaba... y ellos no aprendían; pero ellos subían y él no adelantaba un paso.

Estas reflexiones no son de Zurita. Aquéles seguía pensando que era muy temprano para medrar. Á los veintisiete años emprendió la carrera de filosofía y letras, que, según él, era su verdadera vocación.

«Ahora me toca estudiar á mí» se dijo el infeliz, que no había crecido de tanto estudiar; que tenía una palidez eterna, como reflejo de la palidez de las hojas de sus libros.

¿De qué vivía Zurita después que dejó de enseñar Retórica y cepillar la ropa á sus discípulos? Vivía de sus ahorros. El ahorro era una religión y una tradición familiar para Aquiles. El amanuense de Hermosilla, el que había copiado en hermosa letra de Torío toda la *Iliada* en endecasílabos, había sido, además de humanista, avaro; guardaba un cuarto y lo ponía á parir; y á veces los cuartos del dómine de Azuqueca parían gemelos. Desde niño Aquiles que tenía la moral casera por una moral revelada, se había acostumbrado al ahorro como á una segunda naturaleza. La idea del fruto civil le parecía tan inherente á las leyes de la creación como la de todo desarrollo y florecimiento. Así como la tierra — ó sea Demetera según Zurita — de su fecundo seno saca todos los frutos, así el ahorro en el orden social produce el interés, su hijo legítimo. Malgastar un cuarto le parecía al tierno Aquiles tan bárbara

acción como hacer malparir á una oveja ó aplastarle en el vientre los póstumos recientes, ó como destrozar un árbol robándole la misteriosa savia que corría á nutrir y dar color de salud á los frutos incipientes.

Cuando leyó, hombre ya, la apología que escribió Bastiat del *petit centime*, Aquiles lloró enternecido. Bastiat fué para él un San Juan del evangelio económico.

Aquello que la *ciencia* le decía lo había él adivinado. Pero ¡con qué elocuencia lo demostraba el sabio! ¡La religión del interés! ¡La religión del ahorro! ¡Las armonías del tanto por ciento!... Esto era lo que él había aprendido empíricamente en el hogar bendito. «El dómine de Azuqueca era, además de un Quintiliano, un Bastiat *inconsciente!*» Zurita alababa la memoria de su padre, que tenía un altar en su corazón; y prestaba dinero á interés á sus condiscípulos. Como él era estóico, le costó poco trabajo vivir como un asceta; apenas comía, apenas vestía; su posada era la más barata de Valencia; le sobraba casi todo el sueldo que le daban los estudiantes americanos, como antes le había sobrado

la soldada que recibía del ricacho de Oviedo. Cuando Zurita se decidió á *estudiar de veras*, con independencia, sin dar lecciones ni limpiar botas, reunía, merced á sus ahorros y á los que heredara de su padre, una renta de dos mil trescientos reales, colocada á salto de mata, en peligrosos parajes del crédito, pero á un interés muy respetable, en consonancia con el riesgo. Cobraba los intereses á toca-teja, sin embargo, merced á su fuerza de voluntad, á su constancia en el pedir y á la pequeñez de las cantidades que tenían que entregarle sus deudores. Por cobrar una peseta de intereses daba tres vueltas al mundo, y abrumaba al deudor con su presencia, y se dejaba insultar. Siempre cobraba. Peseta á peseta y á lo más duro á duro, recogía sus rentas, las rentas de aquel capital esparcido á todos los vientos. De los dos mil trescientos reales le sobraban al año los trescientos para aumentar el capital. Las matrículas no le costaban dinero, sino disenterías, porque las ganaba á fuerza de estudiar. Su presupuesto exigía que los estudios se los pagase el Estado. Tenía por consiguiente, que ganar de seguro el pre-

mio llamado... *matricula de honor*; tenía que estudiar de manera que á ningún discípulo pudiese ocurrírsele disputarle el premio. Y conseguía su propósito. No había más que sacrificar el estómago y los ojos. Con sus dos mil reales pagaba la posada y se vestía y calzaba. Su ambición oculta, la que apenas se confesaba á sí mismo, era ir á Madrid. Su gran preocupación eran las *eminencias*, á quién también llamaba *aquellas lumbreras*. Aunque sus aficiones intelectuales y los recuerdos de las enseñanzas domésticas le inclinaban á las ideas que se suele llamar reaccionarias, en punto á *lumbreras* admiraba las de todos los partidos y escuelas, y lo mismo se pasmaba ante un discurso de Castelar que ante una lamentación de Aparisi. ¡ Si él pudiese oír algún día y ver de cerca á todos aquellos sabios que explicaban en la Universidad Central, en el Ateneo y hasta en el Fomento de las Artes! A los muchachos valencianos que estudiaban en Madrid les preguntaba, cuando volvían por el verano, mil pormenores de las costumbres, figuras y gestos de las *lumbreras*. Leía todos los libros nuevos que caían en sus manos, y se

desesperaba cuando no entendía bien las *modernas teorías*.

Quedarse zaguero en materia científica ó literaria se le antojaba el colmo de lo ridículo, y los autores que le atraían á su causa en seguida eran los que trataban de ignorantes, fanáticos y trasnochados á los que no seguían sus ideas. Por más que el corazón le llamaba hacia las doctrinas tradicionales, al espiritualismo más puro, los libros de cubierta de color de azafrán, que entonces empezaban á correr por España anunciando, entre mil galicismos, que el pensamiento era una secreción del cerebro, trastornaban el juicio del pobre Zurita.

La duda entró en su alma como un terremoto, y sus entrañas padecieron mucho con aquellos estremecimientos de las creencias. Muchas veces, mientras sacaba lustre á las botas de algún discípulo muy amado, su pensamiento padecía torturas en el potro de una duda acerca de la permanencia del *yo*. — ¿El *yo* de hoy es el *yo* de ayer, señor Zurita? — le había preguntado un filósofo que acababa de cursar el doctorado de letras en Madrid, y venía con

una porción de problemas filosóficos en la maleta.

Zurita á sus solas meditaba: « Mi *yo* de hoy ¿es el mismo de ayer? Este que limpia estas botas ¿es el mismo que las limpió ayer?» Y para sacar mejor el lustre, contrayendo los músculos de la boca, arrojaba sobre la piel de becerro el aliento de sus pulmones.

El aliento salía caliente, y esto le recordaba la teoría de Anaximenes y en general las de toda la escuela jónica; y el materialismo antiguo, empalmado con el moderno se le volvía á aparecer mortificándole con sus negaciones supremas de lo espiritual, inmortal y suprasensible. El pobre muchacho pasaba las de Caín con estas dudas. En materias literarias también su pensamiento *había sufrido una revolución*, como decía Zurita, imitando sin querer el estilo de las *lumberas*. — ¡Él, que se había criado en el estilo más clásico que pudo enseñar amanuense de retórico! — Ya se había acabado la retórica complicada de las figuras, y según veía por sus libros, y según lo que le decían los estudiantes que venían de Madrid, ahora la poesía era objetiva ó sub-

jetiva, y el arte tenía *una finalidad propia* con otra porción de zarandajas filosóficas todas extranjeras. Para enterarse bien de todas estas y otras muchas novedades, deseaba, sin poder soñar con otra cosa, verse en la corte en las cátedras de la Universidad Central, cara á cara con el profesor insigne de Filosofía á la moda y con el de literatura trascendental y enrevesada.

Llegó el día esperado con tal ansia, y Zurita entró en la corte, y antes de buscar posada, fué á matricularse en el doctorado de Filosofía y Letras. Licenciado ya se había hecho, según queda apuntado.

En la fonda de seis reales sin principio en que hubo de acomodarse, encontró un filósofo cejijunto, taciturno y poco limpio que dormía en su misma alcoba, la cual tenía vistas á la cocina por un ventanillo cercano al techo... y no tenía más vistas.

Era el filósofo hombre, ó por lo menos filósofo, de pocas palabras, y jamás á los disparates que decían los otros huéspedes en la mesa quería mezclar los que á él pudieran ocurrírsele. Zurita le pidió permiso la primera noche para leer en la cama hasta cerca de la madrugada. Separaba los dos

miserables catres el espacio en que cabía apenas una mesilla de nogal mugrienta y desvencijada; allí había que colocar el velón de aceite (porque el petróleo apestaba), y como la luz podía ofender al filósofo, que no velaba, creyó Zurita obligación suya pedir licencia.

El filósofo, que tendría sus treinta y cuatro años y parecía un viejo mal humorado, seco y frío, se desnudaba mirando á Zurita, que ya estaba entre sábanas, con gesto de lástima orgullosa, y contestó:

—Usted, señor mío, es muy dueño de leer las horas que quiera, que á mí la luz no me ofende para dormir. El mal será para V., que con velar perderá la salud y con leer llenará el espíritu de *prejuicios*.

No replicó Zurita, por falta de confianza pero no dejó de asombrarle aquello de los *prejuicios*. Poco á poco, pero no sin trabajo, fué consiguiendo que el filósofo se dignara soltar delante de él alguna sentencia, no á la mesa al almorzar ó al cenar, sino en la alcoba antes de dormirse.

Como Zurita observase que el señor don Cipriano, que así se llamaba, y nunca supo su apellido, sobre todo asunto de ciencia ó

arte daba sentencia firme y en dos palabras condenaba á un sabio y en media absolvía á otro, se le ocurrió preguntarle un día que á qué hora estudiaba tanto como necesitaba saber para ser juez inapelable en todas las cuestiones. Sonrió don Cipriano y dijo:

—Ha de saber el licenciado Zurita que nosotros no leemos libros, sino que *«aprendemos en la propia reflexión, ante nosotros mismos, todo lo que hay puesto en la conciencia para conocer en vista inmediata, no por saberlo, sino por serlo.»*

Y se acostó el filósofo sin decir más, y á poco roncaba.

Zurita aquella noche no podía parar atención en lo que leía, y dejaba el libro á cada pocos minutos, y se incorporaba en su catre para ver al filósofo dormir.

Empezaba á parecerle un tantico ridículo buscar la sabiduría en los libros, mientras otros roncando se lo encontraban todo sabido al despertar.

Algunas veces había visto al don Cipriano en los claustros de la Universidad; pero, como sabía que no era estudiante, no podía averiguar á qué iba allí.

Una noche, en que la confianza fué á más se atrevió á preguntárselo.

El filósofo le dijo que él también iba á cátedra, pero no con el intento de tomar grados ni títulos, sino con el de comulgar en la ciencia con sus semejantes, como también Zurita podía hacer, si le parecía conveniente.

Contestó Aquiles que nada sería más de su agrado que estudiar desinteresadamente y comulgar en aquello que se le había dicho.

Á los pocos días Zurita comenzaba á ser krausista como el señor don Cipriano, con quien asistía á una cátedra que ponía un señor muy triste. Sin dejar las clases en que estaba matriculado, consagró lo más y lo principal de su atención á la nueva filosofía (nueva para él) que le enseñaba el señor taciturno, con ayuda del filósofo de la posada. Don Cipriano le decía que al principio no entendería ni una palabra; que un año, y aun dos, eran pocos para comenzar á iniciarse en aquella filosofía armónica, que era la única; pero que no por eso debía desmayar, pues, como aseguraba el profesor, para ser filósofo no se necesita tener talento. Estas razones no le parecían

muy fuertes á Zurita , porque ni él necesitaba tales consuelos , ni había dejado de entender una palabra de cuantas oyera al profesor.

Á esto replicaba don Cipriano que lo de creer entenderle era un puro *prejuicio*, preocupación subjetiva, y el declarar que entendía, prueba segura de no entender.

Cada día iba estando más clara para el buen Aquiles la doctrina del maestro ; pero como don Cipriano se obstinaba en probarle que era imposible que comprendiese de buenas á primeras lo que otros empezaban á vislumbrar á los tres años de estudio, el dócil alcarreño se persuadió al cabo de que vivía á oscuras y de que el ver la luz de la razón iba para largo. Tendría paciencia.

Cuando el catedrático de los anteojos le preguntó si era hijo de Peleo y lo que era conocimiento en Valencia, Aquiles desahogó la tristeza que le produjo el ridículo en el pecho de su filósofo de la posada.

—Merecida se tiene usted esa humillación, por asistir á esas cátedras de pensadores meramente subjetivos, que comienzan la ciencia desde la abstracción impo-

niendo ideas particulares como si fueran evidentes.

—Pero, señor don Cipriano, como yo necesito probar el doctorado...

—Déjese usted de títulos y relumbrones. ¿No es usted ya licenciado? ¿No le basta eso?

—Pero, como quiero hacer oposición á cátedras...

—Hágalas usted.

—¿Cómo, sin ser doctor?

—Á cátedras de Instituto.

—Pero esas no tienen ascensos, ni derechos pasivos, y si llego á casarme...

—¡Ta, ta, ta! ¿Qué tiene que ver la ciencia con las clases pasivas ni con su futura de usted? El filósofo no se casa si no puede. ¿No sabe usted, señor mío, amar la ciencia por la ciencia?... Concrétese usted á una aspiración; determine usted su vocación, dedicándose, por ejemplo, á una cátedra de Psicología, Lógica y Etica, y prescinda de lo demás. Así se es filósofo, y sólo así.

Zurita no volvió á la cátedra del señor de los anteojos ahumados.

Perdió el curso, es decir, no se examinó

siquiera, ni volvió á pensar en el doctorado, que era su ambición única allá en Valencia.

Lo que á él le importaba ahora ya no era un título más, sino *encontrar á Dios en la conciencia, siendo uno con Él y bajo Él.*

Buscaba Aquiles, pero Dios no parecía de ese modo.

Su vida material (la de Zurita) no tenía accidentes dignos de mención. Pasaba el día en la Universidad ó en su cuartito junto á la cocina. En la mesa le dejaban los peores bocados y los comía sin protestar. La patrona, que era viuda de un escritor público y tenía un lunar amarillo con tres pelitos rizados cerca de la boca, la patrona miraba con ojos tiernos (restos de un romanticismo ahumado en la cocina) á su huésped predilecto, al pobre Zurita, capaz de comer suelas de alpargata si venían con los requisitos ordinarios de las chuletas rebozadas con pan tostado. Nunca atendía al subsuelo Aquiles. Debajo del pan, cualquier cosa; él de todos modos lo llamaría chuleta. Mascaba y tragaba distraído; si el bocado de estopa, ó lo que fuese, oponía una resistencia heroica á convertirse en

bolo alimenticio y no quería pasar del gaznate, á Zurita se le pasaba por la imaginación que estaba comiendo algo cuya *finalidad* no era la deglución ni la digestión; pero se resignaba. ¡Era cuestión tan baladí averiguar si aquello era carne ó pelote!

¡Con qué lástima miraba Aquiles á un huésped, estudiante de Farmacia, que todos los días protestaba las chuletas de doña Concha (la patrona), diciendo que «aquello no constituía un *plato fuerte*, como exigían las bases del contrato, y que él no quería ser víctima de una mistificación!» ¡Si estaría lleno de *prejuicios* aquel estudiante! Doña Concha le servía un par de huevos fritos sucedáneos de la chuleta. El estudiante de Farmacia, por fórmula, pedía siempre la chuleta, pero dispuesto á comer los huevos. La criada acudía con el plato *no constituyente*, como le llamaban los otros huéspedes; el de Farmacia, con un gesto majestuoso, lo rechazaba y decía «¡huevos!» como pudiera haber dicho *Délenda est Carthago*. La chuleta del estudiante, según los maliciosos, ya no era de carne, era de madera, como la comida de teatro. Esto se confirmó un día en que

doña Concha, haciendo la apología de la paciencia gástrica de Zurita, exclamó: «¡Ese ángel de Dios y de las escuelas sería capaz de comerse la chuleta del boticario!»

Don Cipriano ya no almorzaba ni comía en la casa. No venía más que á dormir.

Zurita le veía pocas veces en la cátedra del filósofo triste. El otro le explicaba su ausencia diciendo:

—Es que ahora voy á oír á Salmerón y á Giner. Usted todavía no está para eso.

En efecto, Zurita, aunque empezaba á sospechar que su profesor de filosofía armónica no daba un paso, se guardaba de dar crédito á estas *aprensiones subjetivas*, y continuaba creyendo al sabio melancólico bajo su palabra.

Una noche D. Cipriano entró furioso en la alcoba; Zurita, que meditaba, con las manos cruzadas sobre la cabeza, metido en la cama, pero sentado y vestido de medio cuerpo arriba; Zurita, volviendo de sus espacios imaginarios, le preguntó:

—¿Qué hay, maestro?

—¡Lea V.!—gritó D. Cipriano, y le puso delante de los ojos un papel impreso en que al filósofo de seis reales sin principio y

á otros como él les llamaban, sin nombrarles, *attachés*, ó sea agregados, del krausismo. Zurita se encogió de hombros. No comprendía por qué D. Cipriano se irritaba; ni ser *agregado* de la ciencia le parecía un insulto, ni quien escribía aquello, que era un pensador *meramente discursivo*, de ingenio, pero *irracional* (según la suave jerga de D. Cipriano), merecía que se tomase en cuenta su opinión.

El filósofo llamó idiota á Zurita y apagó la luz con un soplo cargado de ira.

III

Muy en serio había tomado Aquíles lo de ver dentro de sí — siendo uno con él — á Su Divina Majestad. Se le antojaba que de puro zote no encontraba en sí aquella unidad en el Sér que para D. Cipriano y el catedrático triste era cosa corriente.

El filósofo se retiraba tarde, pero dormía la mañana. Aquíles se acostaba para que no se le enfriasen los piés al calentársele la cabeza; y sentado en el lecho, que

parecía sepultura, meditaba gran parte de la noche, primero acompañado de la mísera luz del velón, después de las doce á oscuras; porque la patrona le había dicho que aquel gasto de aceite iba fuera de la cuenta del pupilaje. Mientras D. Cipriano roncaba y á veces reía entre sueños, Zurita pasaba revista á todos los recursos que le habían enseñado para prescindir de su propio yo, *como tal yo finito (este que está aquí, sin más)*. El sueño le rendía, y cuando empezaban á zumbarle los oídos, y se le cerraban los ojos, y perdía la conciencia del lugar y la del contacto, era cuando se le figuraba que iba entrando en el *yo* en sí, *antes de la distinción de mí á lo demás...* y en tan preciosos momentos se quedaba el pobre dormido. De modo que no parecía Dios.

Se quejaba el infeliz á su mentor, y don Cipriano le decía:

— Cómprese V. una cafetera y tome mucho café por la noche.

Así lo hizo Aquiles, aunque á costa de grandes sacrificios. Como se alimentaba poco y mal, y no tomaba ordinariamente café, por espíritu de ahorro, el moka de

castañas y otros indígenas le produjo los primeros días excitaciones nerviosas, que le ponían medio loco. Hacía muecas automáticas, guiñaba los ojos sin querer y daba brincos sin saberlo. Pero conseguía su propósito: no se dormía.

Aunque el Sér en la Unidad no acababa de presentársele, tenía grandes esperanzas de poseer la apetecida visión en breve. ¡El café le hacía pensar cada cosa! Á lo mejor le entraba, sin saber por qué y sin motivos racionales, un amor descomunal á la Humanidad de la Tierra, como decía él, copiando á D. Cipriano. Lloraba de ternura considerando las armonías del Universo, y la dignidad de su categoría de sér consciente y libre le ponía muy hueco. Todo esto á oscuras y mientras roncaba D. Cipriano.

Pero ¡oh dolor! al cabo de pocas semanas el café perdió su misterioso poder, y le hizo el mismo efecto que si fuese agua de castañas, como efectivamente era. Volvía á dormirse en el instante crítico de disolverse en lo Infinito, *siendo uno con el Todo*, sin dejar de ser este que individualmente era, Zurita.

—Pero V., D. Cipriano—preguntaba desconsolado el triste Aquiles al filósofo cuando éste despertaba (ya cerca de las doce de la mañana),—¿V. vé realmente á Dios en la Conciencia, siendo uno con Él?

—Y tanto como veo—respondía el filósofo mientras se ponía los calcetines, de que no haré descripción de ningún género. Baste decir, por lo que respecta á la ropa blanca del pensador, que no había tal blancura, y que si era un sepulcro D. Cipriano, no era de los blanqueados por fuera; la ropa de color había mejorado, pero en paños menores era el mismo de siempre.

—Y diga V., ¿dónde consiguió ver por primera vez la Unidad del Sér dentro de sí?

—En la Moncloa. Pero eso es accidental; lo que conviene es darse grandes paseos por las afueras. En las Vistillas, en la Virgen del Puerto, en la Ronda de Recoletos, en Atocha, en la Venta del Espiritu Santo y en otros muchos parajes por el estilo he disfrutado muchas veces de esa vista interior por que V. suspira.

Desde entonces Zurita dió grandes paseos, á riesgo de romper las suelas de los zapatos, pero no consiguió su propósito; le

robaron el reloj de plata que heredara de sus mayores, mas no se le apareció el Sér en la Unidad.

—¿Pero V. lo ve?—repetía el aprendiz.

—¡Cuando le digo á V. que sí!

Zurita empezaba á desconfiar de ser en la vida un filósofo sin *prejuicios*. «¡Este maldito yo finito, de que no puedo prescindir!»

Aquel *yo* que se llamaba Aquiles le tenía desesperado.

Nada, nada, no había medio de verse en la Unidad del sér pensado y el sér que piensa bajo Dios. ¡Y para esto había él perdido el curso del Doctorado!

El hijo del dómine de Azuqueca se hubiera vuelto loco, de fijo, si Dios, que veía sus buenas intenciones, no se hubiera compadecido de él apartando de su trato á don Cipriano, que se fué á otra posada, y no volvió por la de Zurita ni por la Universidad, y trayendo á España nuevas corrientes filosóficas, que también habían de volverle la cabeza á Aquiles, pero de otro lado.

Por aquel tiempo recibió una carta de una antigua amiga de Valencia que se había trasladado á Madrid, donde su esposo

tenía empleo, y le llamaba para que, si era tan bueno, diese lección de latín á un hijo de las entrañas, mucho más mocoso que amigo de los clásicos. No pensaba Zurita aceptar la proposición, pues aunque sus rentas eran lo escasas que sabemos, á él le bastaban, y la filosofía, además, no le permitía perder el tiempo en niñerías por el vil interés; pero fué á ver á la señora para decirselo todo en persona.

Era la dama, ó rica ó amiga de aparentarlo, porque su casa parecía de gran lujo y allí vió, palpó y hasta olió Zurita cuanto inventó el diablo para regalo de los sentidos perezosos. Lo peor de la casa era el marido, casi enano, bizco; y de tan malos humores, que los vomitaba en forma de improperios de la mañana á la noche; pero estaba poco en casa, de lo que se mostraba muy contenta la señora. Ésta llamada doña Engracia, era beata de las orgullosas, de las que se ponen muy encarnadas si oyen hablar mal de los curas malos, como si fuesen ellas quien los cría; su virtud parecía cosa de apuesta, más la tenía por tesón que por amor de Dios, que era como no tenerla. Siempre hablaba de privaciones

de penitencias; pero, como no fuera de lo desagradable, lo pobre y lo feo, no se sabía de qué se privaba aquella señora, rodeada de seda y terciopelo, que pisaba en blanduras recostando el cuerpo, forrado de batista, en muebles que hacían caricias suaves como de abrazos al que se sentaba ó tendía en ellos. Verdad es que ayunaba y comía de vigilia siempre que era de precepto, y otras veces por devoción; pero sus ayunos eran pobreza del estómago, que no resistía más alimento, y sus vigalias comer mariscos exquisitos y pescados finos y beber vinos deliciosos. No tenía amante doña Engracia, y como el marido bizco y de forma de chaparro no hacía cuenta, sus veintinueve años (los de la dama) estaban en barbecho. No le faltaban deseos, tentaciones, que ella atribuía al diablo; pero por salir con la suya rechazaba á cuantos se le acercaban con miras de pecar. Mas la ociosa lascivia urgaba, y como no tenía salida, daba coces contra los sentidos que se quejaban de cien maneras. Pasaba la señora el día y la noche en discurrir alguna traza para satisfacer aquellas ansias sin dejar de parecer buena, sin que hubie-

ra miedo de que el mundo pudiese sospechar que las satisfacía. Y al cabo el diablo, que no podía ser otro, le apuntó lo que había de hacer, poniéndole en la memoria al don Aquiles Zurita que había conocido en Valencia.

Para abreviar (que no es ésta la historia de doña Engracia, sino la de Zurita), la dama consiguió que el filosofastro «le sacrificara», como ella dijo, una hora cada día para enseñar latín al muchacho. Al principio la lección la tenían á solas maestro y discípulo; pero, pasada una semana, la madre del niño comenzó á dejar olvidados en la sala de la lección pañuelos, ovillos de hilo, tijeras y otros artículos, y al cabo no hacía ya más que entrar y salir, y más al cabo no hacía más que entrar y no salir; con lo que Zurita, á pesar de su modestia é inocencia pristina, comenzó á sospechar que doña Engracia se había aficionado á su persona.

¡Rara coincidencia! Observación parecida había hecho en la posada, notando que la patrona, doña Concha, suspiraba, bajaba los ojos y retorció las puntas del delantal en cuanto se quedaba sola con él. Los suspiros

eran de bomba real allá en la noche, cuando Aquiles meditaba ó leía, y la viuda, que dormía pared por medio, velaba distraída en amorosas cavilaciones. En una ocasión tuvo el eterno estudiante que dejar las ociosas plumas (que eran de paja y pelote duro) porque la disentería le apuraba — ¡tanto estudiar! — y á media noche, descalzo y á oscuras, se aventuró por los pasillos. Equivocó el camino, y de golpe y porrazo dió en la alcoba de doña Concha. La viuda, al sentir por los pasillos al joven, había apagado la luz y esperaba, con vaga esperanza, que una resolución heroica del muchacho precipitase los acontecimientos que ella en vano quería facilitar á fuerza de suspiros simbólicos. Doña Concha era romántica tan consecuente como Moyano, y hubiera preferido una declaración á la luz de la luna y por sus pasos contados, con muchos preparativos, graduada y *matizada*; pero, ya que el ardiente doncel prefería un ataque brutal, ella estaba dispuesta á todo, aunque reservándose el derecho de una protesta tímida y débil, más por lo que se refería á la forma que por otra cosa. Doña Concha tenía

cuarenta años bien conservados, pero cuarenta...

Cuando conoció su error, que fué pronto, Zurita se deshizo en excusas y buscó precipitadamente la puerta. Entonces el pudor de la patrona despertó como el león de España en 1808 y comenzó á gritar: «¡Ladrones! ¡ladrones! ¿Quién anda ahí?... ¡Oigan la mosquita muerta!», y otros tópicos de los muchos que ella conocía para situaciones análogas. El amor propio no le dejó á la viuda creer lo de la equivocación, y se inclinó á pensar que el prudente Aquiles, en un momento de amor furioso, se había levantado y había acometido la empresa formidable de que luego se arrepintiera, tal vez por la pureza de su amor secreto.

Ello es que la viuda siguió suspirando, y hasta se propasó, cuando vino la primavera, á dejar todas las mañanas en un búcaro de barro cocido un ramo de violetas sobre la mesilla de noche del filosofastro.

Comprendiendo Aquiles que aquella pasión de doña Concha le distraía de sus reflexiones y le hacía pensar demasiado en las calidades del *yo* finito, decidió dejar la

posada de las chuletas de cartón-piedra, y sin oír á los sentidos, que le pedían el pasto perpetuamente negado, salió con su baúl, sus libros y su filosofía armónica de la isla encantada en que aquella Circe, con su lunar junto á la boca, ofrecía cama, cocido y amor romántico por seis reales... sin principio.

Más peligrosa era la *flirtación* de doña Engracia, que cada día se insinuaba con mayor atrevimiento. Vestía aquella señora en casa unos diablos de batas de finísima tela que se pegaba al cuerpo de diosa de la enemiga como la hiedra al olmo; se sentaba en el sofá, y en la silla larga, y en el confidente (todo ello blando, turgente y lleno de provocaciones), con tales posturas, doblándose de un modo y enseñando unas puntas de pie, unos comienzos de secretos de alabastro y unas líneas curvas que mareaban, con tal arte y hechicería, que el mísero Zurita no podía pensar en otra cosa, y estuvo una semana entera apartado de su investigación de la Unidad del Sér en la conciencia, por no creerse digno de que ideas y comuniones tan altas entrasen en su pobre morada.

Según huían los pensamientos filosóficos, despertaban en el cerebro del hijo del dómine recuerdos de los estudios clásicos y se le aparecía Safo con aquel *zumbar de oídos*, que á él también le sorprendiera algunas veces cuando doña Engracia se le acercaba hasta tocarle las rodillas con las suyas. Entonces también le venía á la memoria aquello de Ovidio en la Elegía IV de *Los Amores*:

Quidquid ibi poteris tangere, tange mei...

¡Ovidio! De coro se lo sabía Aquiles, pero ¡con qué desinterés! Sin que un mal pensamiento surgiese en su mollera, consagrada á las humanidades, en la juventud risueña Aquiles había traducido y admirado, desde el punto de vista del arte, todas las picardías galantes del poeta de las *Metamorfosis*. Sabía cómo había que enamorar á una casada, las ocasiones que se debían aprovechar y las maniobras á que se la sujetaba para que no pudiera inspirar celos al amante el marido. Pero todo esto le parecía antes á Zurita bromas de Ovidio, mentiras hermosas para llenar exámetros y pentámetros.

Mas ¡ay! ahora los dísticos del poeta de los cosméticos volvían á su cerebro echando fuego, cargados de aromas embriagadores, con doble sentido, llenos de vida, significando lo que antes Aquiles no podía comprender. ¡Cuántas veces, mientras estaba al lado de doña Engracia, como un palomino aturdido, sin dar pie ni mano, venían á su imaginación los pérfidos consejos del poeta lascivo!

¡Y qué extraña mezcla harían allí dentro los versos del latino y los sanos preceptos de los *Mandamientos de la Humanidad* vulgarizados en francés por el simpático filósofo de Bruselas Mr. Tiberghien! «¡Vaya una manera de buscar lo Absoluto dentro de mísiendo uno conmigo!», pensaba Zurita.

—Sin embargo—añadía—yo no sucumbiré, porque estoy decidido á no declararme á doña Engracia, y ella, es claro que no se atreverá á ser la que envide; porque, como dice el condenado pagano, no hay que esperar que la mujer emprenda el ataque, aunque lo desee:

*Vir prior accedat; vir verba precantia dicat:
Excipiet blandas comiter illa preces.
Ut potiare roga; tantum cupit illa rogari*

Á pesar de tanto latín, Aquiles y Ovidio se equivocaron por esta vez, por que doña Engracia, convencida de que el tímido profesor de Humanidades jamás daría el paso definitivo, el que ella anhelaba, se arrojó á la mayor locura. Pálida, con la voz temblona, desgredada, se declaró insensata un día al anochecer, estando solos. Pero Aquiles dió un brinco enérgico y dejó el bastón (pues capa no tenía) en casa de aquella especie de Pasifae enamorada de un cuadrúpedo.

—¡Sí, un cuadrúpedo! — iba pensando por la calle él — por que debiendo haber huído antes, esperé á esta vergüenza, y estoy en ridículo á los ojos de esa mujer, y no muy medrado á los de mi conciencia, que mucho antes quiso el remedio de la fuga, y no fué oída.

Pero si al principio se apostrofó de esta suerte, más tarde, aquella misma noche, reflexionando y leyendo libros de moral, pudo apreciar con más justicia el mérito de su resistencia. Comió muy mal, como solía, pues para él mudar de posada solo era mudar de hambre, y las chuletas de aquí solo se diferenciaban de las de allá en

que las unas podían ser de jaco andaluz y las otras de rocín gallego; mas para celebrar aquel triunfo moral del *ángel sobre la bestia*, como él decía, se toleró el lujo de pedir á la criada vino de lo que costaba á dos reales botella. Ordinariamente no lo probaba. Salió de su casa Aquíles á dar un paseo. Hacía calor. El cielo ostentaba todos sus brillantes. Debajo de algunos árboles de Recoletos, Zurita se detuvo para aspirar aromas embriagadores, que le recordaban los perfumes de Engracia. ¡Oh, sí, estaba contento! ¡Había vencido la tentación! ¡Aquella hermosa tentación!... ¿Quién se lo hubiera dicho al catedrático de los anteojos ahumados? Aquel pobre Aquíles tan ridículo había rechazado en poco tiempo el amor de dos mujeres. Dejemos á un lado á doña Concha, aunque no era grano de anís; pero ¿y doña Engracia? Era digna de un príncipe. Pues bien, se había enamorado de él, le había provocado con todas las palabras de miel, con todos los suspiros de fuego, con todas las miradas de gancho, con todas las posturas de lazo, con todos los contactos de liga... y la mosca, la salamandra, el pez, el bruto, el ave

no habían sucumbido. ¿Por qué se había enamorado de él aquella señora? Zurita no se hacía ilusiones; aun ahora se veía en la sombra, entre los árboles, y reconocía que ni fantaseada por la luz de las estrellas su figura tenía el patrón de Apolo. Doña Engracia había amado en él el capricho y el misterio. Aquel hombre tímido, para quien un triunfo que otros divulgan era una abominación, un pecado irredimible, callaría hasta la muerte. El placer con Zurita era una singular manera del placer solitario. «Además, añadía para sus adentros Aquíles, yo sé por la Historia que ha habido extrañas aberraciones del amor en ilustres princesas; una se enamoró de un mono, otra de un enano, aquella de un cretino... y Pasifae de un toro, aunque esto es fabuloso; ¿por qué no se ha de enamorar de mí una mujer caprichosa?» Esta humildad positiva con que Zurita reconocía la escasez de sus encantos, esta sublime modestia con que se comparaba á un mono, le inundaba el alma de una satisfacción y de un orgullo legítimos.

Y así, muy en su derecho, suspiró, como quien respira después de un aprieto,

mirando á su sombra desairada, y en voz alta, para oirse á sí mismo, exclamó contento (*compos voti*, pensó él):

— ¡Oh, lo que es psicológicamente considerado... no soy una *vulgaridad!*

IV

Pasaron meses y meses, y un año, y más. Zurita seguía en Madrid asistiendo á todas las cátedras de ciencia armónica, aunque en el fondo de su fuero interno— como él lo llamaba — ya desesperaba de encontrar lo Absoluto, el Sér, así en letra mayúscula, en el propio *yo* «no como éste á distinción de los demás, sino en sí, en lo que era antes de ser para la relación del límite, etc.» El mísero no podía prescindir del *yo* finito aunque le ahorcasen.

Sin embargo, no renegaba del armonismo, aunque por culpa de éste se estaba retrasando su carrera; no renegaba porque á él debía su gran energía moral, los solitarios goces de la virtud. Cuando oía asegurar que la satisfacción del bien obrar no

es un placer intenso, se sonreía con voluptuosa delicia llena de misterio. ¡Lo que él gozaba con ser bueno! Tenía siempre el alma preparada como una tacita de plata para recibir la presencia de lo Absoluto, que *podía ser un hecho* á lo mejor. Así como algunos municipios desidiosos y dinásticos limpian las fachadas y asean las calles al anuncio de un viaje de SS. MM., Zurita tenía limpia, como ascua de oro, la pobre pero honrada morada de su espíritu, esperando siempre la visita del Sér. Además, la idea de que él era uno con el Gran Todo le ponía tan hueco y le daba tales ínfulas de personaje impecable, que el infeliz pasaba las de Caín para no cometer pecados ni siquiera de los que se castigan como faltas. Él podría no encontrar lo Absoluto, pero el caso era que persona más decente no la había en Madrid.

Y cuando discutía con algún descreído decía Aquiles triunfante con su vocecilla de niño de coro:

—Vea V.; si yo no creyera en lo Absoluto, sería el mayor tunante del mundo; robaría, seduciría casadas y doncellas y viudas.

Y después de una breve pausa, en que se imaginaba el bendito aquella vida hipotética de calavera, repetía con menos convicción y menos ruido:

—Sí, señor, sería un pillo, un asesino, un ladrón, un libertino...

Por aquel tiempo algunos jóvenes empezaban á decir en el Ateneo que el mentir de las estrellas es muy seguro mentir; que de tejas arriba todo era conjeturas; que así se sabía lo que era la esencia de las cosas como se sabe si España es ó no palabra vascongada. Casi todos estos muchachos eran médicos, más ó menos capaces de curar un constipado, alegres, amigos de alborotar y despreocupados como ellos solos. Ello es que hablaban mucho de Matemáticas, y de Física, y de Química, y decían que los españoles éramos unos retóricos, pero que afortunadamente ellos estaban allí para arreglarlo todo y acabar con la Metafísica, que, según parecía, era lo que nos tenía arruinados.

Zurita, que se había hecho socio transeunte del Ateneo, merced á un presupuesto extraordinario que amenazaba *labrar su ruina*, Zurita oía con la boca abierta á to-

dos aquellos sabios más jóvenes que él, y algunos de los cuales habían estudiado en París, aunque pocos. Los enemigos de la Metafísica se sentaban á la izquierda, lo mismo que Aquiles, que era liberal desde que era armónico. Algunas veces el orador antimetafisico y empecatado decía: «*Los que nos sentamos en estos bancos* creemos que tal y que cual.» Zurita saltaba en la butaca azul, porque él no creía aquello. Su conciencia comenzó á sufrir terribles dolores.

Una noche un joven que estaba sentado junto á él y á quien había visto dos años atrás en la Universidad cursando griego y jugando al toro por las escaleras, se levantó para decir que el krausismo era una *inanidad*; que en España se había admitido por algunos, porque acabábamos de salir de la primera edad, ó sea de la teológica, y estábamos en la metafísica; pero era preciso llegar á la edad tercera, á la científica ó positiva.

Zurita no durmió aquella noche. Lo de estar en la segunda edad le parecía un atraso y, francamente, él no quería quedarse á la zaga.

Volvió al Ateneo, y... nada, todos los días lo mismo.

No había Metafísica; no había que darle vueltas. Es más, un periódico muy grande, á quien perseguía mucho el Gobierno por avanzado, publicaba artículos satíricos contra los *ostras* que creían en la *psicología vulgar*, y los equiparaba á los reaccionarios políticos.

Zurita empezó á no ver claro en lo Absoluto.

Por algo él no encontraba el Sér dentro de sí, antes del límite, etc., etc.

«¿Sería verdad que no había más que hechos?

»Por algo lo dirían aquellos señoritos que habían estudiado en París, y los otros que sabían ó decían saber, termodinámica.»

Discutiendo tímidamente en los pasillos con un paladín de los *hechos*, con un enemigo de *toda ciencia à priori*, Zurita, que sabía más lógica que el otro, le puso en un apuro, pero el de los hechos le *aplastó* con este argumento:

—¿Qué me dice V. á mí, santo varón, á mí, que he comido tres veces con Claudio

Bernard, y le di una vez la toalla á Vulpián, y fuí condiscípulo de un hijo del secretario particular de Littré?...

Zurita calló, anonadado. ¡Se vió tan ridículo en aquel momento! ¿Quién era él para discutir con el hombre de la toalla?... ¿Cuándo había comido él con nadie?

Dos meses después Aquiles se confesaba entre suspiros «que había estado perdiendo el tiempo lastimosamente». El armonismo era una *bella, bellísima y consoladora* hipótesis... pero le faltaba la base, los hechos...

«¡No había más que hechos por desgracia!»

— Bien; pero ¿y la moral?

¿En virtud de qué principio se le iba á exigir á él en adelante que no se dejara seducir por las patronas y por las señoras casadas?

«Si otra Engracia...», y al pensar esto se le apareció la hermosa imagen de la provocativa adúltera, que le enseñaba los dientes de nieve en una carcajada de sarcasmo. Se burlaba de él, le llamaba necio, porque había rechazado groseramente los favores sabrosos que ella le ofrecía... y resultaba

que no había más que hechos, es decir, que tan hecho era el pecado como la abstención, el placer como la penitencia, el vicio como la virtud.

«¡Medrados estamos!», pensaba Zurita, desanimado, corrido, mientras se limpiaba con un pañuelo de hierbas el sudor que le caía por la espaciosa frente...

«Y á todo esto, yo no soy doctor, ni puedo aspirar á una cátedra de Universidad; tendré que contentarme con ser catedrático de Instituto, sin ascensos y sin derechos pasivos; es decir, tengo que renunciar á la familia, al amor casto, mi sueño secreto de toda la vida... ¡Oh, si yo cogiese ahora por mi cuenta al pícaro de don Cipriano, que me metió en estos trotes de filosofía armónica!...

Y la Providencia, ó mejor, los hechos, porque Zurita ya no creía en la Providencia (por aquellos días á lo menos), la casualidad en rigor, le puso delante al mismísimo don Cipriano, que volvía de los toros con su familia.

¡Sí, con su familia! Venía vestido de negro, con la levita muy limpia y flamante, y sombrero de copa, que tapaba cuidado-

samente con un pañuelo de narices, porque empezaban á caer gotas; lucía además el filósofo gran pechera con botonadura de diamantes, cadena de oro y una cara muy afeitada. Daba gozo verlo. De su brazo derecho venía colgada una señora, que trascendía á calle de Toledo, como de cuarenta años, guapetona, blanca, fina de facciones y grande de cara, que no era de muchos amigos. La filósofa, que debía de ser garbancera ó carnicera, ostentaba muchas alhajas de mal gusto, pero muy ricas. Delante del matrimonio una pasiega de azul y oro llevaba como en procesión un enteco infante, macrocéfalo, muy emperifollado con encajes, seda y cintas azules.

En otra ocasión Zurita no se hubiera atrevido á detener á don Cipriano, que pasaba fingiendo no verle, pero en aquel momento Aquiles tuvo el valor suficiente para estorbar el paso á la pareja rimbombante y saludar al filósofo con cierto aire triste y cargado de amarga ironía. Temblábale la voz al decir:

—Salud, mi querido maestro; ¡cuántos siglos que no nos vemos!

La filósofa, que le comía las sopas en la

cabeza á Zurita, le miró con desprecio y sin ocultar el disgusto. Don Cipriano se puso muy colorado, pero disimuló y procuró estar cortés con su antigua víctima de trascendentalismo.

En pocas palabras enteró á Zurita de su nuevo estado y próspera fortuna.

Se había casado, su mujer era hija de un gran maragato de la calle de Segovia, tenían un hijo, á quien había bautizado porque *había que vivir en el mundo*; él ya no era krausista, ni los había desde que Salmerón estaba en París. El mismo don Nicolás, según cartas que don Cipriano decía tener, iba á hacerse médico positivista.

—Amigo mío—añadió el ex-filósofo poniendo una mano sobre el hombro de Zurita—estábamos equivocados; la investigación de la Esencia del Sér en nosotros mismos es un imposible, un absurdo, cosa inútil; el armonismo es pura *inanidad* (¡Dale con la palabreja! pensaba Zurita), no hay más que hechos. Aquello se acabó; fué bueno para su tiempo; ahora la experimentación... los hechos... Por lo demás, buena corrida la de esta tarde; los toros como del Duque, el *Gallo superior* con el trapo, des-

graciado con el acero... Rafael, de azul y oro, como el ama, algo tumbón pero inteligente. Y ya sabe V., si de algo puedo servirle... Duque de Alba, 7, principal derecha...

La hija del maragato saludó á Zurita con una cabezada, sin soltar, es decir, sin sonreír ni hablar; y aquel matrimonio de mensajerías desapareció por la calle de Alcalá arriba, perdiéndose entre el polvo de un derribo...

—¡Estamos frescos!—se quedó pensando Zurita.—De manera que hasta ese Catón se ha pasado al moro; no hay más que hechos... don Cipriano es un hecho... y se ha casado con una acémila rica... y hasta tiene hijos... y diamantes en la pechera.. Y yo ni soy doctor... ni puedo acaso aspirar á una cátedra de Instituto, porque no estoy al tanto de los conocimientos modernos! Sé pensar y procurar vivir con arreglo á lo que me dicta mi conciencia; pero esto ¿qué tiene que ver con los hechos? En unas oposiciones de Psicología, Lógica y Ética, por ejemplo, ¿me van á preguntar si soy hombre de bien? No por cierto.

Y suspirando añadía:

—Me parece que he equivocado el camino.

En un acceso de ira, ciego por el desencanto, que también deslumbra con sus luces traidoras, quiso arrojarse al crimen... y corrió á casa de doña Engracia, dispuesto á pedirle su amor de rodillas, á declarar y confesar que se había portado como un beduino, porque no sabía entonces que todo eran hechos, y nada más que hechos...

Llegó á la casa de aquella señora. El corazón se le subió á la garganta cuando se vió frente á la portería, que en tanto tiempo no había vuelto á pisar...

—El señor Tal, ¿vive aquí todavía?

—Sí, señor; segundo de la izquierda...

Zurita subió. En el primer piso se detuvo, vaciló... y siguió subiendo.

Ya estaba frente á la puerta, el botón dorado del timbre brillaba en su cuadro de porcelana; Aquiles iba á poner el dedo encima...

¿Por que no? No existía lo Absoluto, ó por lo menos, no se sabía nada de ello; no había más que hechos; pues para hecho, Engracia, que era tan hermosa...

— Llamo—se dijo en voz alta para animarse.

Y no llamó.

—¿Quién me lo impide?—preguntó á la sombra de la escalera.

Y una voz que le sonó dentro de la cabeza respondió.

—Te lo impide... *el imperativo categórico*... Haz lo que debes, suceda lo que quiera.

Aquíles sacudió la cabeza en señal de duda.

—No me convenzo—dijo; pero dió media vuelta y á paso lento bajó las escaleras.

En el portal le preguntó la portera...

—¿Han salido? pues yo creía que la señora estaba...

—Sí—contestó Zurita—pero está ocupada... está... con el *imperativo categórico*... con un alemán... con el diablo, ¡señora!... ¿á V. qué le importa?

Y salió á la calle medio loco, según se saca del contexto.

V

Aquíles Zurita frisaba con los cuarenta años cuando, según el estilo de un periódico

dico de provincia que se dignó dar la noticia, *vió, al fin, coronados sus esfuerzos con el merecido galardón* de una cátedra de Psicología, Lógica y Ética, en el Instituto de Lugarucos, pueblo de pesca, donde un americano pródigo había fundado aquel centro de enseñanza para los hijos de los marineros que quisieran ser pilotos.

Cinco oposiciones había hecho Aquiles antes de *obtener, al fin, el merecido galardón*. Dos veces había aspirado á regentar una clase de Retórica, y tres á una de Psicología. En el primer combate le derrotó un orador florido; en el segundo, un intrigante; en el tercero, el Ministro, que no quiso darle la cátedra á pesar de ir Aquiles en el lugar principal de la terna, *por considerarle peligroso para la enseñanza*. El Ministro se fundaba en que Zurita había llamado á Dios Sér Supremo en el programa, y así, con letra mayúscula (1).

Cuando, lleno de canas y arrugas, casi ciego, llegó á firmar la nómina, Aquiles aborrecía ya el oficio mecánico de sabio de Real orden. Aquella ciencia que él había

(1) Histórico.

amado tanto sin pensar en el interés, les servía á otros para ganar un mendrugo falsificándola, recortándola y dislocándola, á gusto del que repartía la sopa universitaria.

«Unos cuantos lugares comunes, que se repetían cien y cien veces en los ejercicios, algunas perogrulladas profesadas con pedantería, unos pocos principios impuestos por la ley, predicados con falso entusiasmo, para acreditar *buenas ideas*... esto, y nada más, era la ciencia de las oposiciones.»

—¡Dios mío, qué asco da todo esto!— pensaba Zurita, el eterno estudiante, que había nacido para amarlo y admirarlo todo, y que se veía catedrático de cosas que ya no amaba, ni admiraba, ni creía.

«¡Todo extremo, todo insensatez! En los Ateneos, mozalvetes que reniegan de lo que no han estudiado, audaces lampiños que se burlan de la conciencia, de la libertad humana; que manifiestan un rencor personalísimo á Su Divina Majestad, como si fuesen quisquillas de familia... y ante el Gobierno, esos mismos jóvenes, ya crecidos, ú otros parecidos, quemando incienso ante la ciencia trasnochada del

programa oficial... ¡qué asco, señor, qué asco!

»Ni aquello es ciencia todavía, ni esto es ciencia ya, y aquí y allá ¡con qué valentía se predica todo! Es que los opositores y los ateneístas no son completamente honrados; no lo son... porque aseguran lo que no saben, sostienen lo que no sienten.»

Estos monólogos, y otros muchos por el estilo, los recitaba el catedrático de Lugarucos en frente de las olas, en la playa solitaria, melancólica, de arena cenicienta.

Zurita era una de las personas más insignificantes del pueblo; nadie hablaba de él para bien ni para mal. Su cátedra en el Instituto era de las que se consideraban como secundarias. El fundador se había empeñado en que se enseñase Psicología, Lógica y Ética, y se enseñaba, pero, ¿para qué? Allí lo principal eran las matemáticas y la Náutica, la Geografía y la Física después, la Economía mercantil acaso; pero la Psicología, ¿para qué les servía á los muchachos? El director le había advertido á Zurita desde el primer día que en su cátedra no había que apurar mucho á los alumnos que necesitaban el tiempo para estudios

técnicos, de más importancia que la filosofía.

Aquíles había bajado la cabeza mientras despedazaba con los dientes un palillo. Estaba conforme, de toda conformidad; los pilotos de Lugarucos no necesitaban para nada absolutamente saber que el alma se dividía en tres facultades, sobre todo considerando que después resultaba que no había tal cosa, ni menos saber que la inteligencia tiene once funciones, cuando no las tiene tal.

—¡Ya me guardaré yo —le decía Aquíles al mar— de enervar el espíritu de esos chicos robustos, morenos, tostados por el sol, ágiles, alegres, valientes, crédulos, ansiosos de aventuras y tierra nueva! Que aprendan á manejar los barcos, y á desafiar las tormentas, y á seguir las corrientes del agua, á conocer las lenguas y las costumbres de los países lejanos; que aprendan á vivir al aire libre, por el ancho mundo... y en cuanto á Psicología, Lógica y Ética basta una salve. ¡Mal haya el afán de saber Psicología y otras invenciones diabólicas que así me tiene á mí de medrado física y socialmente!

Zurita, por cumplir con la ley, explicaba en cátedra el libro de texto, que ni pinchaba ni cortaba; lo explicaba de prisa, y si los chicos no entendían, mejor; si él se embrollaba y hacía oscuro, mejor; de aquello más valía no entender nada. En cuanto hacía buen tiempo y los alumnos querían salir á dar un paseo por mar, ¡ancha Castilla! se quedaba Zurita solo, recordando sus aventuras filosóficas como si fueran otros tantos remordimientos, y comiéndose las uñas, vicio feo que había adquirido en sus horas de meditación solitaria. Era lo que le quedaba del krausismo de don Cipriano, el morderse las uñas.

En una ocasión exponía Zurita en clase la teoría de las armonías preestablecidas, cuando estalló un cohete en el puerto.

—¡Las *Gemelas!*—gritó en coro la clase...

—¿Qué es eso?

—Que entran las *Gemelas*, el bergantín de los Zaldúas...

Y todos estaban ya en pie, echando mano al sombrero.

—¡Un bergantín en Lugarucos!

La cosa era mucho más importante que

la filosofía de Leibnitz. Además era un *hecho...*

—¡Vayan ustedes con Dios!— dijo Zurita sonriéndose y encogiendo los hombros. Y quedó solo en el aula.

Y cosas así muchos días.

La Psicología, la Lógica y la Ética en Lugarucos no tenían importancia de ningún género, y á los futuros héroes del cabotaje les tenía sin cuidado que la volición fuese esto y la razón lo otro y el sentimiento lo de más allá.

Además, ¿qué filosofía había de enseñar á estos robustos hijos de marineros, destinados también á la vida del mar?

—No lo sé—decía á las olas Zurita.— ¿La filosofía moderna, la que pasa por menos fantástica? De ningún modo. Una filosofía que prescinde de lo Absoluto... mala para marinos. ¡Que no se sabe nada de lo Absoluto!... pues ¿y el mar? ¿Dónde habrá cosa más parecida á ese Infinito de que no quieren que se hable?

Quitarles la fe á los que habían de luchar con la tormenta le parecía una crueldad odiosa.

Muchas veces, cuando desde lo alto del

muelle veía entrar las lanchas pescadoras que habían sufrido el abordaje de las olas allá fuera, Zurita observaba la cara tostada, seria, tranquila, dulce y triste de los marinos viejos. Veíalos serenos, callados, tardos para la ira, y se le antojaban sacerdotes de un culto; se le figuraba que allá arriba, tras aquel horizonte en que les había visto horas antes desaparecer, habían sido visitados por la Divinidad; que sabían algo, que no querían ó no podían decir, de la presencia de lo Absoluto. En el cansancio de aquellos rostros, producido por el afán del remo y la red, la imaginación de Aquiles leía la fatiga de la visión extática...

Por lo demás, él no creía ya ni dejaba de creer.

No sabía á qué carta quedarse. Sólo sabía que, por más que quería ser malo, libertino, hipócrita, vengativo, egoísta, no podía conseguirlo.

¿Quién se lo impedía?

Ya no era el imperativo categórico, en quien no creía tampoco mucho tiempo hacía; era... eran diablos coronados; el caso estaba en que no podía menos de ser bueno.

Sin embargo... ¡tantas veces iba el cántaro á la fuente!...

El cántaro venía á ser su castidad, y la fuente doña Tula, su patrona (¡otra patrona!), hipócrita como Engracia, amiga de su buena fama, pero más amiga del amor. Otra vez se le quería seducir, otra vez su timidez, su horror al libertinaje y al escándalo eran incentivo para una pasión vergonzante. Doña Tula tenía treinta años, había leído novelas de Belot y profesaba la teoría de que la mujer debe conocer el bien y el mal para elegir libremente el bien; si no, ¿qué mérito tiene el ser buena?

Ella elegía libremente el mal, pero no quería que se supiera. Su afán de ocultar el pecado era vanidad escolástica. No quería dar la razón á los *reaccionarios*, que no se fían de la mujer instruída y literata. Ella no podía dominar sus fogosas pasiones, pero esto no era más que un caso excepcional, que convenía tener oculto; la regla quedaba en pie: la mujer debe saber de todo para escoger libremente lo bueno.

Doña Tula escogió á Zurita, porque le enamoró su conocimiento de los clásicos y

el miedo que tenía á que sus debilidades se supieran.

Gertrudis tenía unos dedos primorosos para la cocina; era, sobre todo, inteligente en pescado frito, y aun la caldereta la comprendía con un instinto que sólo se revela en una verdadera vocación.

Con los mariscos hacía primores. Si se trataba de dejarlos como Dios les crió, con todos sus encantos naturales, sabiendo á los misterios del Oceano, doña Tula conservaba el aroma de la frescura, el encanto salobre con gracia y coquetería, sin menoscabo de los fueros de la limpieza; pero si le era lícito entregarse á los bordados culinarios del idealismo gastronómico, hacía de unas almejas, de unas ostras, de unas percebes ó de unos calamares platos exquisitos, que parecían orgías enteras en un bocado, incentivos voluptuosos de la pasión más lírica y ardiente... ¿Qué más? El mismo Zurita, entusiasmado cierto día con unos cangrejos que le sirvió doña Gertrudis sonriente, llegó á decir que aquel plato era más tentador que toda la literatura erótica de Ovidio, Tibulo y Marcial...

¡Cómo había comido, y cómo comía ahora el buen Aquiles!

En esta parte, diga él lo que quiera, le había venido Dios á ver. Sin conocerlo el mismo catedrático de Etica, que á pesar de los desengaños filosóficos se cuidaba poco de la materia grosera, había ido engordando paulatinamente, y aunque seguía siendo pálido y su musculatura la de un adolescente, las pantorrillas se le habían rellenado, y tenía carne en las mejillas y debajo de la barba. Todo se lo debía á Tula, á la patrona sentimental y despreocupada que ideaba planes satánicos respecto de Aquiles.

Era este el primer huésped á quien había engordado exprefeso la patrona trascendental de Lugarucos.

Tula (Gertrudis Campoarana en el siglo) era toda una señora. Viuda de un americanete rico, se había aburrido mucho bajo las tocas de la viudez; su afición á Jorge Sand primero, á Belot después, y siempre al hombre, le había hecho insoportable la soledad de su estado. La compañía de las mujeres la enojaba, y no habiendo modo de procurarse honestamente en Lugarucos

el trato continuo del *sexo antagónico*, como ella decía, discurrió (y discurrió con el diablo) fingir que su fortuna había tenido grandes pérdidas y poner casa de pupilos decentes para ayuda de sus rentas.

De este modo consiguió Tula rodearse de hombres, cuidar *ropa masculina*, oler á tabaco, sentir el macho en su casa, suprema necesidad de su existencia.

En cuanto á dejarse enamorar por los pupilos, Tula comprendió que era muy peligroso, porque todos eran demasiado atrevidos, todos querían gozar el dulce privilegio; había celos, rivalidades, y la casa se volvía un infierno. Fué, pues, una Penélope cuyo Ulises no había de volver. Le gritaba la tentación, pero huía de la caída. Coqueteaba con todos los huéspedes, pero no daba su corazón á torcer á ninguno.

Además, el oficio de patrona le fué agradando por sí mismo; á pesar de que era rica, el negocio la sedujo y amó el arte por el arte, es decir, aguyó el vino, echó sebo al caldo, galvanizó chuletas y apuró la letra á la carne mechada, como todas las patronas epitelúricas. Era una gran cocinera, pero esotéricamente, es decir, para sus

amigos particulares; al vulgo de los pupilos los trataba como las demás patronas que en el mundo han sido.

Mas llegó á Lugarucos Aquiles Zurita, y aquello fué otra cosa. Tula se enamoró del pupilo nuevo por los motivos que van apuntados, y concibió el plan satánico de seducción á que antes se aludía. Poco á poco fué despidiendo á los demás huéspedes, y llegó un día en que Zurita se encontró solo á la mesa. Entonces doña Tula, tímida como una gacela, vestida como una duquesa, le propuso que comieran juntos, porque observaba que estando solo despachaba los platos muy de prisa, y esto era muy malo para el estómago. Aquiles aceptó distraído.

Comieron juntos. Cada comida era un festín. Pocos platos, para que Zurita no se alarmase, pero succulentos y sazonados con pólvora de amor. Tula se convirtió en una Lucrecia Borgia de aperitivos eróticos.

Pero el triste filósofo comía manjares excelentes sin notarlo.

Por las noches daba muchas vueltas en la cama, y también notaba después de ce-

nar un vigor espiritual extraordinario, que le impelía á proyectar grandes hazañas, tal como restaurar él solo, por sí y ante sí el decaído krausismo, ó fundar una religión. Lo más peligroso era un sentimentalismo voluptuoso que se apoderaba de él á la hora de la siesta, y al oscurecer, al recorrer los bosques de castaños, las alamedas sembradas de ruiseñores ó las playas quejumbrosas.

Doña Tula dejaba hacer, dejaba pasar. Creía en la Química.

No se insinuaba demasiado, porque temía la fuga del psicólogo. Se esmeraba en la cocina y se esmeraba en el tocador. Mucha amabilidad, muchas miradas fijas, pero pacíficas, suaves; muchos perfumes en la ropa, mucha mostaza y muchos y muy buenos mariscos... Esta era su política, *su ars amandi*.

Lo cual demuestra que Gertrudis tenía mucho más talento que doña Concha y doña Engracia.

Doña Concha quería seducir á un huésped á quien daba chuletas de caballo fósil... ¡Imposible!

Doña Engracia quemaba con los ojos al

macilento humanista, pero no le convidaba á comer.

Así él pudo resistir con tanto valor las tentaciones de aquellas dos incautas mujeres.

Ahora la batalla era formidable. Cuando Aquiles comprendió que Tula quería lo que habían querido las otras, ya estaba él bastante rollizo y sentía una virilidad de que antes ni aún noticia tenía. La filosofía materialista comenzó á parecerle menos anti-pática, y en la duda de si había ó no algo más que hechos, se consagró al epicureísmo, en latín por supuesto, no en la práctica.

Leyó mucho al amigo de Mecenas, y se enterneció con aquel melancólico consuelo del placer efímero, que es la unción de la poesía horaciana.

Ovidio también se le apareció otra vez con sus triunfos de amor, con sus noches en vela ante la puerta cruel de su amada, con sus celos de los maridos, con aquellos cantos rápidos, ardientes, en que los favores de una noche se pagaron con la inmortalidad de la poesía... Y pensando en Ovidio fué cuando se le ocurrió advertir el gran

peligro en que su virtud estaba cerca de doña Gertrudis Campoarana.

Aquella Circe le quería seducir sobre seguro, esclavizándole por la gula. Sí, Tula era muy literata y debía de saber aquello de Nasón:

«Et Venus in vinis ignis in igne fuit.»

Aquellos cangrejos, aquellas ostras, aquellas langostas, aquellos calamares, aquellos langostinos en aquellas salsas, aquel sauterne, no eran más que la traducción libre del verso de Ovidio

«Et Venus in vinis ignis in igne fuit.»

«¡Huyamos, huyamos también ahora!— pensó Aquíles suspirando. — No se diga— le dijo al mar, su confidente— que mi virtud venció cuando tuvo hambre y metafísica, y que sucumbe cuando tiene hartazgo y positivismo. Yo no sé si hay ó no hay metafísica, yo no sé cuál es el criterio de la moralidad...; pero sería un cobarde sucumbiendo ahora.»

Y aunque algún neófito naturalista pueda acusar al pobre Aquíles de idealismo é inverosimilitud, lo histórico es que Zurita

huyó, huyó otra vez: huyó de Tula como había huído de Concha y de Engracia.

Y eso que ahora negaba en redondo el *imperativo categórico*.

La carne, aquel marisco hecho carne, le gritaba dentro: ¡amor, mi derecho!

Pero la Psicología, la Lógica y la Ética, que ya no estimaba siquiera, le gritaban: ¡abstención, virtud, pureza!...

Y el eterno José mudó de posada.

VI

Aquíles salió de las redes de Tula con una pasión invencible: la pasión por el pescado, y especialmente por los mariscos.

Aunque algo se había enamorado de la patrona, al cabo de algunos meses consiguió olvidarla. Pero el regalo de su mesa para toda la vida se le había pegado al alma. ¡Como había comido allí no volvería á comer en la vida! Esta desconsoladora convicción le acompañó hasta el sepulcro.

Y con el mismo fervor con que en mejores tiempos se había consagrado á la con-

templación del Sér en sí dentro del *yo* antes del límite, etc., se consagró á buscar en mercados y plazas el mejor pescado.

Él, que había sido un hombre insignificante mientras no fué más que catedrático de Psicología, Lógica y Ética, comenzó á llamar la atención de Lugarucos por su pericia en materia de culinaria ictiológica.

Meditó mucho y acabó por adivinar qué peces debían entrar y cuáles no en una caldereta clásica, y qué ingredientes debían sazónarla.

Pronto fueron célebres en todo el partido judicial las calderetas del catedrático de Psicología.

Cuando en la playa ó en el mercado se discutía si un besugo, un bonito ó una merluza estaban frescos ó no, se nombraba árbitro al Sr. Zurita si pasaba por allí.

Y él, sonriente, con aquel gesto humilde que conservaba á pesar de su gloria y de sus buenas carnes, después de mirar y oler la pieza decía:

— ¡Fresco! ó ¡apesta!

Y á nadie se le ocurría apelar.

Cuando los señores catedráticos tenían merienda, que era á menudo, Aquiles era

votado por unanimidad presidente de la comisión organizadora... y presidía el banquete y era el primero en ponerse alegre.

Sí, había acabado por tomar una borrachera en cada festín. *¡Ergo bibamus!* decía, recordando que era hijo de un dómine.

Y en el seno de la confianza, decía en tales momentos de expansión al que le quería oír:

— ¡Huí de la sirena, pero no puedo olvidar los primores de su cocina! ¡Podré volver á amar como entonces, pero no volveré á comer de aquella manera!

Y caía en profunda melancolía.

Todos sus compañeros sabían ya de memoria los temas constantes de las borracheras de Aquiles: Tula, el marisco, la Filosofía... todo mezclado.

Mientras estaba en su sano juicio nunca hablaba ya de filosofía, ni tal vez pensaba en ella. En cátedra explicaba como una máquina la Psicología oficial, la de texto, pero nada más; le parecía hasta mala educación mentar las cuestiones metafísicas.

Pero en *alegrándose* era otra cosa. Pedía

la palabra, se ponía sobre la mesa hollando los manteles, y suplicaba con lágrimas en los ojos á todos aquellos borrachos que salvarsen la ciencia, que procurasen la santa armonía, porque él, en el fondo de su alma, siempre había suspirado por la armonía del análisis y de la síntesis, de Tula y la virtud, de la fe y la razón, del krausismo y los médicos del Ateneo...

—¡Señores, señores: salvemos la raza humana que se pierde por el orgullo!—exclamaba, llorando todo el vino que había bebido, puestas las manos en cruz.—¡Se os ha dicho *¡nihil mirari!* no maravillarse de nada; pues yo os digo, en verdad: admiradlo todo, creedlo todo, todo es verdad, todo es uno y lo mismo... ¡Ah, queridos hermanos, en estos instantes de lucidez, de inspiración por el amor, yo veo la verdad una, yo veo dentro de mí la esencia de todo sér; yo me veo cómo siendo uno con el todo, sin dejar de ser este...

—¡Este borracho, este grandísimo borracho!—interrumpía el catedrático de Agricultura, gran positivista y no menos ébrio. Y cogiendo por las piernas al de Psicología le paseaba en triunfo alrededor de

la mesa, mientras Aquiles seguía gritando:

— ¡Todo está en todo y el *quid* es amarlo todo por serlo, no por conocerlo!... Yo amo á Tula en lo absoluto, y la amo por *serla* no por conocerla...

El de Agricultura daba con la carga en tierra, y Aquiles interrumpía sus reminiscencias de filósofo idealista para dormir debajo de la mesa la borrachera de los justos.

Y entonces, como si se tratase de un juicio de los muertos, en Egipto, empezaban ante el *cuerpo* de Aquiles los comentarios y censuras de los amigos:

— ¡Qué pesado se pone cuando le da por su filosofía!

— Bien; pero únicamente habla de eso cuando se emborracha.

— ¡No faltaba más!

— Y lo cierto es que no se puede prescindir de él.

— ¡Imposible! Es el *Brillat-Savarin* del mar.

— ¡Qué manos!

— ¡Qué olfato!

— ¡Qué tacto!

— ¡Qué instinto culinario!

— Debía escribir un libro de cocina marítima.

— Teme el qué dirán. Al fin es catedrático de Filosofía.

VII

Ya hace años que murió Zurita, y en Lugarucos cada vez que se trata de comer pescado, nunca falta quien diga:

— ¿Se acuerdan ustedes de las calderetas de aquel catedrático de Psicología y Lógica?

— ¡Ah, Zurita!

— ¡El gran Zurita!

Y á todos se les hace la boca agua.

Oviedo, 1884.



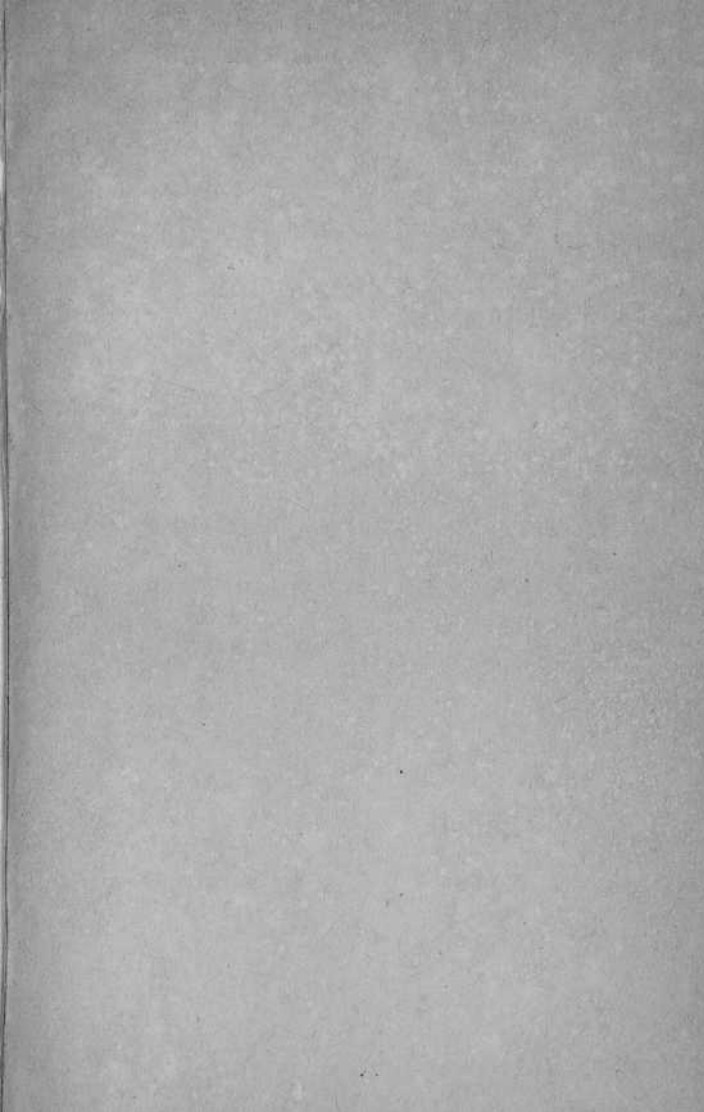


ÍNDICE

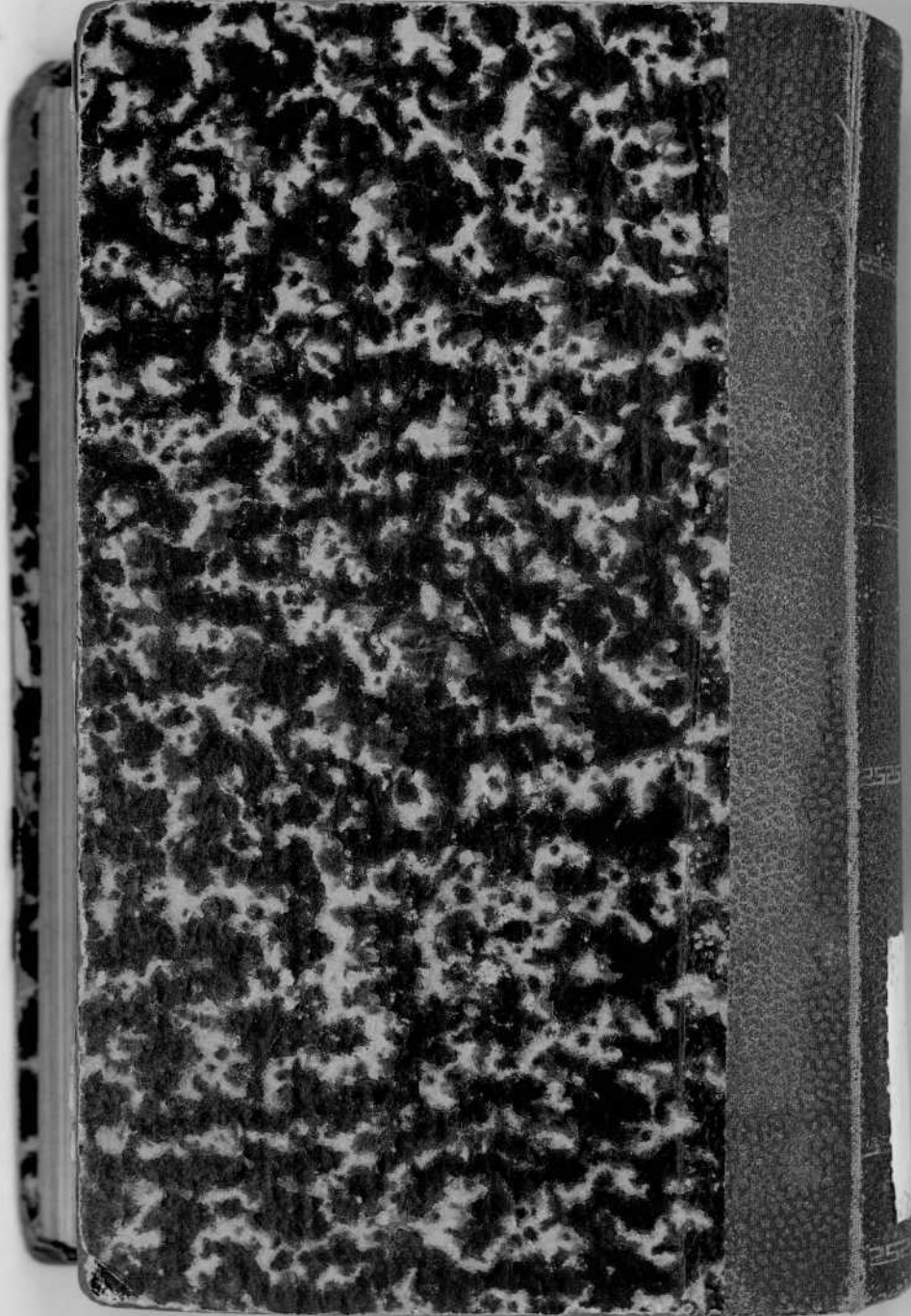
	<u>Páginas.</u>
Pipá..	1
Amor' é furbo..	77
Mi entierro..	111
Un documento..	131
Avecilla..	171
El hombre de los estrenos..	227
Las dos cajas..	261
Bustamante..	317
Zurita..	369



es







Clarín

1909

G 37972